

Cualquier cosa, menos quietos

# UNIVERSO CENTRO

Número 43 - Marzo de 2013 - Distribución gratuita - [www.universocentro.com](http://www.universocentro.com)



4

Cuadros  
Magiares



6

Querido Jesús



9

Sin muerto no  
hay corraleja



12

De película



18

Manteca de oso  
viche para las  
verrugas



20

La Oficina



25

Las calificaciones  
de Semana Santa



**UNIVERSO CENTRO**

*Publicación mensual*

**DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA**

– Juan Fernando Ospina

**EDITOR**

– Pascual Gaviria

**COMITÉ EDITORIAL**

– Fernando Mora

– Guillermo Cardona

– Alfonso Buitrago

– Ana Lucía Cárdenas

– David E. Guzmán

**ASISTENTE EDITORIAL**

– Paula Camila O. Lema

**DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN**

– Gretel Álvarez

**COORDINACIÓN COMERCIAL**

– Ana María Duque

**DISTRIBUCIÓN**

– Érika, Didier, Daniel y Gustavo

**CORRECCIÓN**

– Equipo UC

**ASISTENTE**

– Sandra Barrientos

**PRACTICANTE**

– María Laura Idárraga Alzate

*Es una publicación de la  
Corporación Universo Centro*

**Número 43** - Marzo 2013

18.000 ejemplares  
Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

**DISTRIBUCIÓN GRATUITA**

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



La etiqueta del pueblo. Paula Builes. 2012

# Paros raros

La cuenta a mano alzada de un periódico económico dice que los recientes cuatro paros –cafetero, cacaoero, arrocerero y transportador– le costaron al bolsillo de imprevistos del Ministerio de Hacienda cerca de un billón doscientos mil millones de pesos. En la Casa de Nariño le temen a las aglomeraciones como a “la maldita Niña”. Cuando había tumulto suficiente decidieron que los ministros y Angelino debían atender el problema. Los cafeteros marcaron la trocha y sus colegas les siguieron el paso. En tiempos de indignados las aglomeraciones tienen mucha audiencia. Conciencia ciudadana, dice el manual.

Hoy el café representa solo el cuatro por ciento de las exportaciones colombianas, pero hay quinientas mil familias cafeteras cobrando un precio de ripio por sus cargas. El gobierno tenía que sacar el paraguas, y antes de que lo guardara vinieron los demás. Es el legítimo derecho a extender el sombrero. Ahí ganaron muchos, incluso algunos especuladores cafeteros que guardaron sus cargas en busca de un mejor precio pactado en Bogotá. Una negociación muy de plaza de mercado en la Plaza de Bolívar.

En medio de esas movilizaciones aparecen siempre los payasos. No descalifican el movimiento, sino que le entregan algo de profesionalismo y sabor local. Las lenguas del gobierno negociador han dejado caer algunas historias. Un negociador cafetero en Risaralda, joven elocuente de poncho y sombrero, entregaba cifras y reclamos en un discurso más de auditorio que de tarima. Un funcionario aburrido oía el sonsonete con curiosidad; le recordaba a alguien conocido, una voz reciente. De pronto lo vio vestido de bata blanca, soltando un discurso sobre la explotación a los médicos. Era el recuerdo de una reunión de meses atrás en las afueras de un hospital. Si puede haber profesionales para atender paros, por qué no para provocarlos. El hombre se asustó cuando el funcionario le preguntó por su ubicación. “Es que yo soy de familia cafetera”, respondió.

Poco a poco la protesta se va convirtiendo en una fase más de la cosecha. Durante las marchas y las presiones palaciegas se encontraron el Moir de Robledo y el Centro Democrático de Uribe. Uno iba disfrazado de médico y el otro de cafetero. ☪

# Protagonista de novela

por PASCUAL GAVIRIA

**E**n los primeros años del siglo XX la madre Laura fue tratada como bruja en las calles y casas de Medellín. Los emboladores la chiflaban cuando iba para la iglesia, los periódicos de izquierda la calificaban de “beata venenosa”, las casas liberales de “fanática” y algunos conservadores de mística radical. Laura Montoya era la protagonista del folletín amoroso que alegraba los algos de las señoras y los corrillos de los señores. Un novio dejado en el abismo del altar por una señorita nerviosa que alegaba tener vocación mística y repudiar el matrimonio fue suficiente para que se desatara un ruido social y político en la Villa. Una monja estaba sugestionando a las niñas para arrastrarlas a los conventos en las narices de familias que profesaban la religión del “libre pensamiento”.

Por primera vez en Medellín una escuela de señoritas producía noticias dignas de comentar. Laura Montoya era directora del Colegio de la Inmaculada, donde asistían las niñas de las familias más selectas. Había regentado escuelas en Amalfi, Fredonia y Santo Domingo, y tenía fama de inteligente así ella se describiera como una maestra rudimentaria que solo sabía lo que “no debe ignorar ningún católico”. La decisión de Eva Castro, una de sus discípulas preferidas, de plantar a su prometido apenas unos días antes de una boda anunciada con campanadas e intercambio de argollas, hizo llover truenos sobre el colegio de señoritas y su directora. Los padres comenzaron a sacar a las niñas de ese corral donde corrían el riesgo de ser llevadas al convento por medio de ideas delirantes. La monja Laura seguía caminando con su joroba de burlas y acusaciones. En últimas todo podía ser una forma buscada por la Providencia para poner a prueba su fuerza y su vocación.

Meses después del escándalo la madre Laura pasó de las habladurías a las páginas de la novela de moda en la parroquia. Alfonso Castro, médico y escritor de ideas liberales, acababa de publicar su obra *Hija espiritual*. Allí se contaba la historia de una profesora trastornada que ungía con saliva a sus discípulas, les esculcaba el cajón sagrado de las confesiones y les inculcaba el repudio por los hombres hasta hacerlas torcer los ojos. Señorita Adela era el nombre de ese personaje que calcaba y agregaba algunos vicios a los decires acerca de Laura Montoya. Sofía del Río se llamó en las páginas de *Hija espiritual* la novia asustadiza que en la vida del Parque

Bolívar venía a ser Eva Castro, hermana del autor de la novela. Lo que antes era chismorreo se confirmaba por vía literaria y ahora ningún padre quería tener a su hija en el colegio de ese personaje novelesco, ya fuera por temor a la histeria espiritual o al simple ridículo. El colegio y su rectora se vinieron a pique.

De modo que Laura Montoya decidió jugar sus restos y ser “atrevida y solemne” por primera vez en la vida. El resultado fue una Carta Abierta al Doctor Alfonso Castro en la que se defiende de “un fallo ya proferido por el público”. La carta de unas veinte páginas que escribió bajo la tutoría dialéctica y literaria de Tomás Carrasquilla –incluso aparece en las obras completas del escritor de Santo Domingo– tiene el tono de la diatriba y la cátedra, de la crítica literaria y el cuento raso, de la venganza inteligente y el reto a los enemigos certeros. Y contiene tal vez algunos de los primeros alegatos feministas contra una sociedad donde las mujeres solteras eran una anomalía digna de laboratorio.

Es imposible saber qué tanto escribió Carrasquilla y qué tanto dictó Montoya. Pero no hay duda de que hicieron una muy buena pareja literaria y que habrían podido defender con éxito la causa que hubieran elegido. La carta comienza descalificando la novela por armar un personaje siniestro con los defectos que podrían circular por todas las celdas de un convento pero jamás juntarse en el cuerpo de una sola monja. Castro es tildado de constructor de tramas inverosímiles para defender el orgullo familiar y dar un golpe partidista. Según la carta, las escenas perturbadoras que representa la señorita Adela son dignas de un manicomio o un asilo y no de una escuela de señoritas. Muy pronto Castro pasa a ser el acusado de fanatismo y creencias sobrenaturales. Los partidos polí-

ticos, esos antros de “irritación y suspicacia”, eran los culpables de su composición entre pueril y retorcida. Y como la madre lo llama enemigo, no ahorra en armas ni en filos: “Y como quiera que el ridículo y la calumnia son, por otra parte, armas de doble punta, acontece con frecuencia que salga más herido el atacador que el atacado mismo”.

Un detalle de la historia confirma que la madre Laura tenía su inclinación a las locuras extáticas. En medio de la hoguera que se había levantado a su alrededor, la religiosa procedió según sus saberes: calentó un cuchillo al rojo vivo y se grabó con él una cruz en el pecho. Una defensa íntima contra sus enemigos antes del desfogue público que le permitió la pastoral contra Alfonso Castro. La elegancia de la escritura no esconde la gravedad de las acusaciones contra el médico liberal. Luego de desbaratar sus habilidades como escritor hace una insinuación sobre su carácter. El novelista resultaba cobarde, además de tosco como escritor. Cargar contra una escuela de señoritas en vez de atacar a los poderosos colegios religiosos del momento era prueba suficiente: “Causa que elige para el ataque a un enemigo tan pequeño y un flanco tan descubierto, no se tiene por muy pujante. Si triunfa, como us-

ted, el triunfo será irrisorio: será la victoria del león contra la rata, sobre una rata de sacristía”.

Laura Montoya también se defiende contando su versión de la historia. Por su carta sabemos que Eva Castro era una niña nerviosa que aborrecía los bailes y la vida social. Decía amar a su prometido pero le temía como al demonio. Ella misma sirvió de celestina al llevarle la razón al novio cuando la joven decidió entre temblores darle el sí. Durante un paseo a Robledo surgió la pregunta del enamorado. La pretendida pidió una semana para pensarlo y agregó que la respuesta llegaría por boca de Laura Montoya. Luego de darle la buena nueva al futuro esposo, la madre Laura asistió a la ceremonia para bendecir las argollas y fue elegida madrina del matrimonio. No podía pelear contra el enlace que había concertado. Pero existe una prueba más: el mismo novio la llamaba suegra con gracia y naturalidad. Y una frase definitiva cierra la discusión: “A una novia enamorada no la hace desistir de su programa potestad ninguna de la tierra”. Y así fue. Eva Castro terminó casada y con hijos, de modo que Laura Montoya fue burlada por sus malas intenciones y por su derrota.

Todo termina con un alegato sobre la posibilidad de hacer vida espiritual y el derecho a encerrarse, connatural al derecho a salir y andar por donde se antoje. Según la religiosa, se entendía que “el mundo, como enemigo del alma”, tildara a las mujeres que no eran madres o esposas como simples animales. Pero le parecía increíble que los sabios que exaltaban el espíritu no pudieran aceptar que una mujer sola buscara algún ideal sublime para escudarse contra los tiros del mundo: “Si no somos más que animales; si somos seres inútiles; si no servimos ni para ornato ni para recreo; si no tenemos objetivo ni significado en la vida, ¿no es cierto que representamos nuestro papel de bestias chasqueadas e inútiles con demasiada mansedumbre?”.

En esas páginas llenas de argumentos y de rabia contenida Laura Montoya va dejando una estela de liberalismo y respeto a las elecciones individuales, un rastro de inteligencia sencilla alejada del catecismo y los sermones. Habría que darle toda la razón y encumbrarla en el altar de la biblioteca, con la esperanza de que no la dañe la bendición definitiva de El Vaticano. UC



*Cuadros magiars* es una serie de textos sobre la desconocida Hungría, resultado de casi dos años de viaje, desde el otoño de 2011 hasta la primavera de 2013.

## Cuadros magiars

# Budapest

por SANTIAGO BUSTAMANTE

Fotografías del autor

Fue en el verano de 2012 cuando asistí a la experiencia de la capital a plenitud, a su espectáculo de edificios y galerías y bellas mujeres, al Danubio Azul que une a Pest y a Buda y su Isla Margarita, aunque había aterrizado en su aeropuerto medio año antes. Desde el Liszt Ferenc, el aeropuerto internacional, había observado fragmentos de una urbe junto a mi hermano, que había venido de vacaciones con su mujer y conocía la ruta intrincada del ruidoso metro hasta la estación de Keleti, con su arco alto en telaraña. Desde allí habíamos tomado el tren de noche, en medio del traqueteo y la planicie del otro lado del planeta, frente a una rubia que me pareció la mujer más hermosa del mundo. Mi hermano, el otro, que vivía desde hacía un año y medio en Miskolc, me había dicho que en Hungría estaban las mujeres más hermosas, y al sentarme en el asiento del vagón le di la razón.

Meses después visitamos y recorrimos la capital bajo un calor sin brisa y me convencí de que Budapest estaba en decadencia. Observemos la acción: grupos de turistas caminan de un lado a otro, buscando ver en cada esquina una película pornográfica como las que esperan de la capital del porno europeo, o producirla ellos mismos con cuanta chica se atravesara por su camino; grupos de españoles y americanos que jamás mostrarán deferencia, hechos de ímpetu y afán carnal, una muchedumbre ebria y fuera de sí, transitan de aquí para allá detrás de sus lentes y sus gorros de pescadores. De fondo están las vías que dejaron la ocupación soviética, los Habsburgo y los turcos, las fachadas imperiales y los arabescos, los bloques de apartamentos, las inacabadas construcciones y sus

maquinarias, y los coches de los que aún no se desprenden los nostálgicos que aprendieron ruso en la escuela. No hay que exagerar, porque no se necesita mucho tiempo para darse cuenta de que el auge y clímax de una civilización marca a su vez su declive.

Budapest es la Hungría que la mayoría conoce. El oleaje turístico es enorme, y no sin razón. Multitud de sitios históricos conforman esta gran urbe del este de Europa, un muestrario de las eras y desarrollos de las sociedades, y del conflicto milenario entre Europa y Asia. Algún tiempo después me enteré de que en el pasado habían sido otras las ciudades capitales de Hungría, Bratislava una de ellas, desde 1536 hasta 1783, que los húngaros consideran *mi Pozsonyuk*, “nuestra Bratislava”. El Danubio une a Bratislava y Budapest, y es posible realizar el viaje de la una a la otra en bote, lo cual constituye un acontecimiento inolvidable. Durante los años del imperio austrohúngaro Budapest se convirtió en la segunda capital, y desde entonces es el eje de la región. Varios momentos históricos la han moldeado como pieza de barro: fue el punto focal de la revolución húngara de 1848, que buscó la independencia del imperio y de la que se destaca el poeta de la revolución Sándor Petőfi, quien murió joven y misteriosamente – *Eltönt, mint Petőfi a ködben*, “desapareció como Petőfi en la niebla” es una expresión popular–; la República Soviética Húngara de 1919, que duró de marzo a agosto, proclamó una nueva independencia y fue llamada La Revolución de los Crisantemos; la batalla de Budapest de 1945, tan sangrienta como Stalingrado y Berlín, tuvo como consecuencia la toma de la capital por el Ejército Rojo; y la Revolución de 1956, espontánea, nacional y de corta duración, fue una protesta contra los excesos de Stalin.

Es cierto que existe otra Hungría, visible no más desde las afueras, de la cual he escrito algunas líneas; sin embargo, Budapest es el eje político, económico y cultural. Quizá comparta la perspectiva de la mayoría de los húngaros que viven en el resto del país, y considere a Budapest un lugar demasiado grande y ruidoso como para sentirme a gusto. Ahora que vivo en una ciudad dos veces más grande y mucho más desordenada, al analizar mis impresiones me doy cuenta de que mi desdén hacia la capital proviene del desagrado y repulsa que me producen los turistas. Son casi siempre una peste.

En otra ocasión, en el otoño, tuvimos visitantes a los cuales condujimos a través de los sitios más renombrados, y nos convertimos ya no en turistas sino en guías complacientes. Nos encontramos en la basílica de San Esteban, una de las más grandes de Europa, en los escalones que se elevan hasta la gloria de su pórtico. Nos abrumó la amplitud de la fachada y el peso de la roca enorme, como el eco de las imaginaciones medievales, pero aligeramos el espíritu al caminar hasta el río por las vías de cafés. Al atravesar el puente de cadenas, Széchenyi, se ensancha la respiración y la vista no alcanza a contemplar el paisaje abierto, la ciudad a los lados y el oleaje del Danubio azul que arrecia sobre las riberas. La ventisca agita las prendas y silba al cruzar el puente desde Pest hasta la otra ciudad. Subimos hacia el distrito del Castillo de Buda entre un pasaje arborizado casi salvaje, donde se observa solo la muralla exterior engalanada, y caminamos hasta el Templo de Matías frente al Bastión de los Pescadores, cuya perspectiva de noche es la más hermosa. Y poco a poco logramos la vista de Pest más allá del río, de las torres que se alzan aquí y allá y el tapiz de techos surcados por las avenidas. El cuerpo se apoya sobre el barandal de piedra y la ciudad sucede bajo la mira-

da tranquila. Bajamos entre calles residenciales y reposamos un tanto en la orilla, frente al edificio del Parlamento, una perla neogótica mundial. Caminamos y la observamos desde su propia sombra, para enternecernos por el exceso del detalle logrado. Desde la Plaza Kossuth, el Revolucionario, el tranvía nos condujo hasta la famosa Andrásföld, donde la capital demuestra su poder esencial: es una avenida comercial de la que brotan la mayoría de las embajadas, flanqueada por comensales y tiendas de moda. Es lindo caminar despacio, ver libros y sentarse a almorzar. Las fuerzas se nutren de la conversación y un plato turco, y demarcan los pasos finales. Nos fuimos para la Plaza de los Héroes, donde mi acompañante dictó una cátedra de historia patria, primero al arco frente a las estatuas de los líderes de Hungría desde hace mil cien años, desde San Esteban hasta Kossuth, y luego frente a la columna central, donde siete caudillos fundacionales, liderados por el príncipe Árpád y su pacto de sangre, guardan al Arcángel Gabriel. Es un espacio amplio, confinado por el Museo de Bellas Artes y el Palacio de Arte; tiene el zoológico a dos pasos y la vía larga de Andrásföld que lleva hasta el río. Caminamos hacia El Parque de la Ciudad, justo detrás, hacia El castillo de Vajdahunyad que alberga ahora el Museo de Agricultura y que imita un castillo en Rumanía, aunque con un estilo más similar al del Castillo de Transilvania, el del Conde Vlad III-Tepes Drácula de Valaqua, el Empalador de otomanos. De vuelta hacia la estación de metro, la segunda más antigua del mundo, antes de cruzar la vía, vimos pasar un espectáculo de carrozas que salieron desde el Palacio de las Artes, haladas por caballos de toda clase, llevando a bordo sucesiones de épocas pasadas según las vestimentas y los maquillajes.

Luego nos llegó la noche y nos despedimos en el tren. UC





Ebrio caminé por el bosque hasta  
llegar al riachuelo  
Llené el cuenco de agua  
se salieron todas las estrellas.

Gustavo Adolfo Garcés

*Porque el futuro es confiar*



[www.confiar.coop](http://www.confiar.coop)

Physis

# ACTÚA

Plan de acción 2012 - 2015

Por la Administración Integral  
del Patrimonio Ambiental



**CORANTIOQUIA**  
[www.corantioquia.gov.co](http://www.corantioquia.gov.co)

Ituango puede contar un largo tira y afloje entre guerrilleros y paramilitares que han cercado su plaza. En medio de esa guerra el Estado ha sido algunas veces indiferente y otras criminal. Jesús María Valle Jaramillo, asesinado el 27 de febrero de hace quince años, fue una de las únicas voces que habló de las matanzas sucesivas. Una visita al pueblo de hoy y una carta nueva con historias viejas.

# Querido Jesús:

por ANAMARÍA BEDOYA BUILES

Fotografías de la autora  
Ilustración: Tobías

*Y todos van tragando cada sapo en el camino  
Y la gente se va amando pues también sin un cariño  
No hay quien aguante la cuestión.*

*Querido amigo, Chico Buarque*

**E**ra mi primera vez en Ituango. El viaje en bus no fue tan tormentoso como me habían dicho; la vía ya no es la carretera destapada que te tocó a vos cuando el viaje era un suplicio de hasta doce horas. La de ahora es una autopista moderna que soporta el peso de los carros de carga que transportan materiales para la hidroeléctrica. En siete horas llegás, y eso porque el bus se detiene para descargar y recoger pasajeros en Llanos de Cuivá, San Andrés de Cuerquia y Toledo.

Las horas del viaje se me fueron mirando por la ventana: las llanuras extensas, veladas por la neblina, en las que pastaban las vacas; los campesinos que esparcían semillas en las parcelas, las señoras que barrían con escobas de paja la entrada de las fincas; luego, una cadena interminable de montañas encumbradas hasta filos rectos y largos como tajos.

En el estrecho en el que las montañas se juntan el impetuoso río Cauca abre y cierra las curvas de su cauce fiero, aguas amarillas por las que todavía corre oro en granitos. Difícil ver un río majestuoso que dejará su forma natural para transformarse en la represa más grande de Colombia. Hola y adiós, río Cauca.

Lo primero que vi apenas me bajé del bus fue la estatua del tigre, parado en sus cuatro patas, los músculos tensos,

todo negro y con el hocico cerrado; es el recuerdo de un felino de carne y hueso que un campesino mató a tiro de escopeta. Detrás, la cúpula anaranjada de la iglesia sobresalía, luminosa, entre las nubes plomizas. Lo que no vi fue tu efigie, ni ese día ni el siguiente.

Entré a almorzar al único restaurante que vi después de dar un vistazo a las calles alrededor del parque. El lugar parecía un comedor familiar, todo muy limpio, los manteles de flores, y un televisor sintonizado en Teleantioquia.

En la mesa del centro había un grupo de cuatro hombres que almorzaban mientras veían las noticias. Me entró una llamada al celular. Era mi mamá, estaba muy asustada. Como siempre que me da una razón, pegó palabras a la loca: “en ese pueblo mataron una muchacha, por Dios, cómo está eso por allá, cuídese hija”.

En las noticias apareció el mismo parque en el que me había dejado el bus, y una voz en *off* decía: “la joven al parecer era una miliciana que fue degollada por guerrilleros que...”. Los hombres se miraron, alzaron las cejas; uno de ellos parecía reírse del reportero.

Tres mujeres entraron al lugar y se sentaron en una mesa detrás de ellos. Sonó el celular de una de ellas, de falda y cabello largo; oí que decía: “la suben por la tarde, la vamos a velar en la casa”.

Cuando los hombres se levantaron de la mesa, otra de las mujeres se lanzó sobre uno de ellos: “¡Alcalde, por favor!”. Un señor bajito, blanco, de ojos verdes, se devolvió a regañadientes a escucharla: “Vea, es que esta señora es muy pobre, a ver si usted le puede ayudar con lo del entierro”. Él le dijo: “pásese ahora más tarde por la Alcaldía a ver qué podemos hacer”.

Bienllegada a Ituango, pensé. La mesera, una señora que sonreía como si tuviera los labios congelados, me sirvió una mazamorra con bocadillo.

\*\*\*

La noticia de los grafitis que habían aparecido esa semana en las fachadas de varias casas arrastraba a su paso rumores acerca de la muchacha asesinada. Si quería tomarles fotos a los muros, me dijeron, tenía que ser bien temprano.

La mañana del martes el cielo estaba cerrado. Las pocas personas que caminaban por esa calle empinada miraban de soslayo las letras rojas sobre la pared rosa: “jovencitas amantes de soldados o policías ultima llamada de atencions... milicias Bolivarianas FARC. EP (sic)”.

Después de tomar las fotos fui a uno de los colegios del pueblo. La rectora, una mujer enjuta, sin maquillaje, estaba en su oficina hablando por teléfono, a la vez que atendía a la mamá de un estudiante. Apenas pudo hacerme pasar, cerró la puerta, prendió un Marlboro y empezó a hablar casi en susurros, mientras de afuera llegaba el murmullo de los estudiantes.

—Acá es imposible ser neutro porque para la guerrilla y la fuerza pública tenés que estar de un lado o de otro —dijo—. Los soldados han intentado

entrar varias veces al colegio con la excusa de una charla sobre estupefacientes, cuando lo que buscan es sonsacarle información a los muchachos porque según ellos este colegio está lleno de milicianos.

Se paró, fue hasta su escritorio, abrió un cajón y revolvió hasta sacar varios cuchillos y navajas que ha decomisado.

—Yo no te voy a negar que acá hay pelados involucrados, pero no puedo permitir que entren los soldados a hacer inteligencia; estos pelados ante todo son mis alumnos.

En el 2003 en la cancha de ese colegio aterrizó un helicóptero blanco —sin permiso de la rectora—, cargado no de computadores ni de libros ni de tableros de acrílico, que bastante falta hacen, sino de paramilitares. Al principio la gente creyó que eran funcionarios del gobierno, como pasó en 1996, cuando las autodefensas llegaron por primera vez. Dicen que la policía los custodió hasta un apartamento junto al comando. Pero esa vez vos no estabas para decir lo que todos veían y nadie se atrevía a denunciar. Volvió a pasar lo mismo, Jesús: los paramilitares se sentaban en las heladerías de la calle La Peatonal con las pistolas sobre la mesa y bebían whisky con los policías.

En este colegio, donde también viven los pájaros que anidan en las acequias, los estudiantes leyeron las amenazas pintadas en los muros: de los paracos contra los milicianos y de los milicianos contra los paracos. Basta con raspar la cal para encontrar esas letras.

Más tarde conocí a la profesora Soledad\*; hablamos en la biblioteca del colegio.

—A nosotros lo que nos mata no son las balas sino el miedo. ¿Te molesta si me fumo un cigarrillo?

Soledad da clases en décimo y once. Cuando los pelados le dicen que en este pueblo no hay nada que hacer, ella les cuenta tu historia:

Que naciste el último día de febrero en el corregimiento La Granja, hijo de Jesús y Blanca, hermano de siete mujeres y tres hombres. Desde pequeño trabajaste junto a tu papá como lechero, y también vendías la prensa en el pueblo. Cuando terminaste la escuela tu papá se llevó a la familia para Medellín y se partió el espinazo para que vos y tus hermanos estudiaran. Te graduaste de bachiller en el Liceo Antioqueño y luego pasaste a la universidad a estudiar Derecho. Nunca dejaste de venir a Ituango en las vacaciones, que se te iban jornalando en el campo; sembrabas frijoles y con la plata te alcanzaba para unos zapatos, que era lo que más gastabas.

Que vos, les dice Soledad, te hiciste defensor de los derechos humanos y denunciaste las masacres de El Aro y La Granja, el asesinato de campesinos y de líderes comunitarios, el abandono del Estado y la complicidad entre paramilitares, ejército y policía.

En La Granja los campesinos creen que si vos no faltaras habrías cumplido



la promesa de ayudarlos. Recuerdan ese día en el que llegaste untado de barro hasta el pelo, después de haber manejado como un loco desde Medellín por la carretera hecha un lodazal. Visitaste a las viudas y a los huérfanos, todavía la sangre humedecía la tierra, y vos, cuentan los campesinos, sollozabas como un niño.

Soledad se enteró por la radio de lo que te hicieron el día antes de tu cumpleaños número 55. Salió en pijama a la calle, corrió hasta el parque y buscó a todos los que imaginó llorando, pero la gente miraba al suelo y los paracos seguían ahí, en las heladerías, cafés, restaurantes y bancas del parque.

\*\*\*

El miércoles en el cielo asomó por fin el azul. Desde las siete de la mañana la gente subió las cortinas de hierro de las cafeterías, pero en los mostradores seguían los mismos buñuelos, empanadas y pasteles de ayer. A ambos costados de las calles, como ujieres, permanecían los soldados con armas y cascos, como si en cualquier momento pudiera desatarse la guerra. Nadie les dice buenos días, ni los miran siquiera.

Esa mañana conocí a Ramiro\*, un mecánico que ha sido detenido tres veces en las capturas masivas del CTI en el pueblo; falsos positivos judiciales, les dicen. La puerta de su casa permanece abierta, y en un rincón, a la vista de todo el que pase por ahí, hay una bandera de Colombia. La fiscalía lo acusa de porte ilegal de armas, concierto para delinquir, narcotráfico y terrorismo; pero siempre, como les ha pasado a otros comerciantes, conductores y campesinos, recupera la libertad a los pocos días porque no existen pruebas. ¿Qué sería de ellos si estuvieras acá, vos que les enseñaste a los condenados el recurso de casación, que en tu tiempo era lujo de los ricos?

Si vieras, Jesús, a los agentes del CTI llegar en helicóptero, acompañados de soldados: allanan, injurian, amarran las manos a la espalda. Si hubieras visto cómo el hijo de Ramiro se reventaba a los gritos mientras él, con el pecho aprisionado contra el suelo y una bota militar inmovilizando su cabeza, les pedía respeto por la bandera colombiana. Si hubieras visto al ex fiscal 29, Amín Mosquera, cuando dijo que prácticamente el cien por ciento de los intuanguinos se dedicaba al cultivo de la coca...

—Si yo fuera guerrillero, ¿estaría acá sentado tan tranquilo? Estaría en ese hijueputa cañón armado hasta los dientes, combatiendo —dijo Ramiro, que me miraba receloso—. Los periodistas lo único que me han hecho es daño. Se van felices con su pantallazo, para encochar están ahí pero para decir la verdad y rectificar no.

La casa de Ramiro queda cerca del cementerio, cuya entrada custodian la Virgen del Carmen y un candado que solo se abre cuando hay entierros. El sepulterero, hijo de sepulterero, me guió por la necrópolis de tumbas enjalbegadas y sin flores, porque al cura no le gustan los mosquitos y a los mosquitos les gustan las flores de cementerio. La misma cruz negra se repite en todas las tumbas.

El sepulterero es un señor de tez morena y ojos verde oliva que camina por el camposanto como por la sala de su casa. Me llevó hasta la última galería, un paredón lleno de huecos, como una colmena. Aquí estuvieron hasta hace poco decenas de N.N. La mayoría eran paramilitares y guerrilleros muertos en combate en la época en que los paracos tenían el dominio de Ituango y la guerrilla se les metió a los campamentos y los sacó a punta de bala y cuchillo.

Después de esos combates trajeron los cuerpos en volquetas hasta el hospital, que está diagonal al cementerio, y los filaron en el patio a la vista de los buitres que rondaban desesperados por



los techos. Como pudieron hicieron las necropsias. Luego los metieron desnudos a las tumbas, sin cajón, sin homilías, sin adiós, sin nombre. Allí estuvieron hasta hace poco, pues el cura ordenó que los exhumaran y los echaran a la fosa común.

—¿Ve ese hueco que está ahí arriba? Ahí echamos todos los huesos.

Peronés, tibias, falanges, omoplatos, esternones, vértebras, cráneos, costillas, húmeros, cúbitos, radios, clavículas, mandíbulas, sacros. Frente a esas galerías, en un pedestal, un ángel de piedra caliza con las alas extendidas sella sus labios con el índice izquierdo.

Junto a la entrada del cementerio están enterrados los muertos más recientes. Ahí están las tumbas de Andrés Felipe y Luz Aleida, dos jóvenes menores de veinte años acusados de ser guerrilleros, detenidos en las capturas masivas y liberados por falta de pruebas. Dicen que a Luz la mató la guerrilla, dicen que a Andrés lo mató el ejército.

\*\*\*

Las flores naranjadas de los cámbulos caen sobre la carretera y forman un tapete mucilaginoso. Al mirarlos, Rosa\* dijo: “tan bonitos”; sonreía con todos los músculos del rostro. Llamó por celular a su hijo y le dijo: “estoy feliz mijo, tan bueno caminar en el campo, los árboles echan flores”.

Jesús, los árboles echan flores y de sus copas cuelgan los nidos de los gulungos. Íbamos a pie hacia la vereda Palo Blanco, a un encuentro al que asistirían víctimas de la violencia. Las señoras paraban a admirar los cultivos y los terneros de las vacas. Rosa se acercaba a los calvarios, se echaba la bendición y musitaba una oración corta.

—Si esta carretera contara de todos los muertos que vio caer, ¡ay mija!

Rosa no piensa irse nunca de esta tierra. Ya le tocó abandonar El Cedral, la vereda en la que junto a su esposo crió a sus hijos. Tenían una parcela en la que cultivaban fríjol, maíz, yuca, plátano. Los paramilitares llegaron una mañana de octubre de 1999, arrimaron a las fincas y le ordenaron a toda la gente presentarse en el puesto de salud. “¿Hace cuánto pasó la guerrilla?, ¿quién es el comandante guerrillero?, ¿quiénes de ustedes son sus cómplices?”, preguntó un hombre. “Ve, cómo se van a hacer matar”, les dijo, porque nadie respondía. Eligió a cuatro personas y las fusiló delante de todos. Luego les ordenó que abandonaran la vereda, y todos vieron las columnas de humo que se alzaban hacia el cielo: los paramilitares habían incendiado las casas.

—Mija, ¿lo de El Cedral por qué no salió en las noticias?

Llegamos a una casa en la que viven varias familias desplazadas de San Jorge. En el patio, esparcidos sobre costales, los granos de café se secaban al sol. Nos sentamos en el corredor de la casa a tomarnos una aguapanela con limón. En la cocina varias mujeres preparaban arroz con leche.

Al rato los campesinos sacaron fotografías de sus billeteras. Rosa me mostró la suya: un bebé de unos ocho meses acostado en la yerba.

—Es el parque de Ituango y ese es mi sobrino —dijo—; eso hace treinta años no tenía cemento, solo árboles y mangas donde nos acostábamos a recibir el sol.

Camilo, un pelado de trece años y ojos vítreos, pidió la palabra para contar la historia de la foto que traía en un portarretratos, donde aparecían cinco hombres. El segundo a la derecha, el más alto y viejo, el papá, carga un bebé en los brazos; los otros tres hijos son más pequeños que Camilo ahora. El desvaído retrato fue tomado hace quince años.

—Este es mi abuelo y estos niños son mis tíos. Ellos vivían en San Jorge, sembraban fríjol y cacao. Este niño se llama Alberto, está desaparecido.

Camilo se puso a llorar y se fue a su cuarto. El silencio se extendió sobre el olor a panela que inundaba el corredor. Camilo no terminó la historia que vino a contarnos, que todos los niños de esa foto están desaparecidos o muertos.

Las mujeres repartieron el arroz con leche y todos siguieron contando sus historias. Mientras comía su dulce Rosa me dijo: “qué pesar, mija, que se acabe este día”.

\*\*\*

El último día en tu pueblo, Jesús, solo quise andar por las calles. Subí hasta el parque de La Plazuela, luego seguí por la calle Buenos Aires, donde un viejo, sentado en una silla afuera de su casa, se protegía del sol con un sombrero blanco. No miraba a ninguna parte porque era ciego, y no respondí mi saludo porque era sordo o mudo, pero estoy segura de que sintió mi presencia.

En ese momento decidí buscar a Jairo Contento. Tu amigo el tendero está igual, Jesús: barbado, cachetón, la barriga redonda, vestido de sudadera y camisa zurcida en los hombros. Cuando entré a la tienda estaba sentado en el mueble negro de madera tallada, con el mismo forro verde limón de borde rojo. En la pared siguen colgados los almanques de años pasados, las láminas que Jairo recorta de las revistas y dos pares de chanclas que no ha vendido; en el suelo los costales con fríjol, y arrebujado entre los granos un gato de ojos azules. En una vitrina que parece cerrada

desde hace más de diez años hay condones marca Tahití, champú Pert Plus y relojes baratos.

“Jairo, ¿cómo están las cosas?”. Le parecía verte atravesar el umbral de la puerta mientras le hacías esa pregunta —siempre la misma—, y sentarte en este mueble viejo en el que las horas parecen inamovibles. Si estuvieras acá, te prepararía café y empezaría por decirte que la cosa aquí está negra. Y cuando hubiera terminado de darte noticias de tu tierra, el sol estaría en las antípodas.

En este mueble se sentaron muchas noches a hablar de lo que pasaba en Ituango. Acá, me cuenta Jairo, se hicieron las verdaderas sesiones del Concejo, y acá vos le pediste que hiciera parte de API (Acción Popular Independiente). Si no hubiera sido por aquella fuerza armada de la ultraderecha, tal vez el movimiento político seguiría existiendo y, quién sabe, las noticias de tu pueblo no serían el desempleo de los campesinos, las piernas amputadas por minas quiebrapatas, los muchachos que se van para la guerrilla y los soldados que invaden las calles del pueblo.

—La última vez que hablé con Jesús me pidió que me pronunciara sobre lo que estaba pasando en el pueblo. Yo le dije: “Jesús, vos sabés que uno acá metido no puede hacer eso”.

Cuando colgaron Jairo sintió que los gallinazos volaban en espiral sobre el techo de su casa. En su cabeza resonaron tus palabras: “Cuando a uno lo alimenta el pueblo uno debe llevar las banderas del pueblo”.

De la tienda de Jairo salí a mi último encuentro. En el parque busqué tu efigie y me encontré con una estatua de brazos mutilados que en lugar de ojos tiene dos cuencas vacías. Ese no podés ser vos, Jesús. La nariz no es ancha, la barbilla no es roma, los labios no son amplios.

Te hicieron de piedra. Fijaron el pedestal de cara al comando de la policía, un edificio destruido siete veces, tras cada toma guerrillera, donde ahora viven muchachos uniformados que no saben que eres Valle Jaramillo y que antes de tu muerte proclamaste en un recinto, tras revelar lo que pasaba en tu pueblo, los versos de Rafael Alberti: “De piedra los que no lloran / de piedra los que no gritan / de piedra los que no ríen / de piedra los que no cantan”.

Las estatuas están hechas del miedo al olvido. Jamás tu memoria será pétreo, ni tu legado necesitará atributos. El poema sigue, querido Jesús: “Yo nunca seré de piedra / gritaré cuando haga falta / reiré cuando haga falta / cantaré cuando haga falta”. UC

\*Nombres cambiados a petición de las fuentes

# El último bazuco

*De Cuentos por cobrar*

por J. ARTURO SÁNCHEZ TRUJILLO

Fotografía: Juan Fernando Ospina

*El bazuco  
como el tiempo,  
no tiene piedad por nadie.*



La otrora proclamada Ciudad de la Eterna Primavera, la “Tacita de Plata”, ya no era más que una tierra de lepras, maquillada con sus antiguas fábulas de raza. Y ahora cocinaba nuevas tragedias en un caldero de muerte y miseria que se prendía aquí, allá y acullá, entre sus calles sinuosas, ahuecadas, explosivas. Una ciudad de temporada que dejaban los falsos profetas de siempre y los carteles ambidiestros y revueltos.

Para entonces los prisioneros del bazuco de segunda y tercera generación asistían a su penúltima farsa. Resbalaban de tanto en tanto, sin caer al fondo. En sus últimas misericordiosas suertes, las botas de sus sucios pantalones se atoraban en una roca de la pendiente o algunos de sus hilos cerebrales agonizantes los sujetaban a un pico del acantilado. En este sitio balbuceaban mirando hacia arriba y abajo. Arriba el frío de la abstinencia les causaba miedo y dolor; abajo la romería enredada de pálidos en los sopladeros, que jugaban los últimos suspiros de la ruleta rusa, les causaba pavor. Pero los llamaba más. Como en ciertos cuadros religiosos antiguos, las ánimas del purgatorio extendían sus brazos desesperados hacia cada nuevo impostor condenado del humo.

Estos seres deshinchados asustaban. Eran solo pies y espaldas. Sus ojos hundidos se pegaban a una masa encefálica que burbujeaba, sus cuerpos se contorsionaban con los dolores que iban

apareciendo en la cabeza, los brazos, las piernas, o en varias partes simultáneamente. Sus pulmones empezaban a convertirse en carbón. La piel se desprendía de los músculos y estos de los huesos. Sus enseres personales se subastaban poco a poco hasta la ruina. Crecían las deudas, compensadas con mentiras de culebrero. El tiempo se dividía entre las labores de subsistencia mínima y la bufonada rutinaria del humo.

El plomo, el ácido sulfúrico del procesamiento y otras revolturas químicas—arena, cemento, talco, que los distribuidores mezclaban a la base de coca para que rindiera—, además de hurgar lo que había entre ombligo y cerebro, convertían las yemas de los dedos índice y pulgar, y a veces toda la mano, en una costra verdosa, si no era que la piel desaparecía para dejar ver la carne en viva conmoción.

Cualquier posibilidad de afecto o lealtad se convertía en un estorbo para el absolutista rey bazuco, siempre más acá del bien y más allá del mal. Para estos particulares personajes todo giraba y se planificaba en torno a un patrón de sobrevivencia, que ya no era el dinero sino el bazuco. Su rey les exigía fiesta permanente en la corte, la libertad del yo profundo, única arma natural de resistencia, era violada como doncella boba a fuerza de humo. La solapada “Bella Villa” amamantaba la muerte y la desgracia con esta peste enmascarada.

Préstamo sobre préstamo, ansiedad sobre ansiedad, mendicidad, remordimientos

cortos, gritería de la carne reseca, hacían girar a los enfermos en espeluznantes círculos viciosos, ante la faz de su espejo carbonizado y roto...

“Por sus bazucos los conoceréis”, advertían horrorizados en la ciudad. Y no era para más, o no era para tanto. Estos jugadores del placer, derruidos, sin esmalte en los dientes, huérfanos de argumentos, porque el humo no era un argumento, terminaban cruelmente arrinconados como “cosas desechables” por todos, todas y los demás. Hacinados en una nube como buitres disputando carroña, se asfixiaban entre sí, se traicionaban, subían por sobre sus cabezas rotas, pululando de allá para acá. Suspendidos como títeres en la traba, rabiaban, se arrinconaban en el empaque, disputando por encima de cualquier cosa el otro pitazo. Quedaban en ese avión sin poder tocar tierra, porque ese avión, como todos los aviones, cuando despegaba dejaba las escalas abajo, en el aeropuerto.

“¡Ármelo en cuero para que rinda! ¡Cuidado se le va la chispa por un lado! ¡Fumémonos de a pitazo este diablito! ¡Pongo la mitad pal otro! ¡Deme un pitazo en su mano! ¡Está mejor la cosa blanca! ¡Mosca gonorreas que casi no me lo consigo! ¡Preste yo mato esa cusca!”

Esta era la gramática en los pulgueros de la fumarola, que brotaban por todo el centro y explotaban en los puntos cardinales de la ciudad. Este era el resumido lenguaje de quienes alucinaban desesperadamente unos momentos

para volver a empezar, una y otra vez, la maldición de Sísifo.

Cuando sentían en la boca el cigarrillo, el fumón conseguido a costa de lo que fuera, sonreían, cantaban y vociferaban alegres; acabado el tabaco se plantaban lívidos, mudos, rabiosos, espantados, a esperar que apareciera en alguna parte un salvador, un paisano de unos pesos, para pedirle dinero, monedas o algo, sin ningún escrúpulo o restricción, sin importar quién era, de dónde venía, qué pensaba, cómo disfrutaba o repudiaba el embale este... Pero si el fantástico milagro de la aparición no ocurría pronto, se disponían a robar, a empelicular, a tramar judaicas y fariseas, a elucubrar cualquier tipo de faltonería.

Por la ciudad indecente lograron verse en estos vericuetos, metiéndose entre gente encumbrada de las mil y una cosas: gente de a pie, gente de avión, gente de sotana, gente de corbata, gente de escritorio, gerentes, concejales, periodistas, cirujanos, humoristas, deportistas, artistas, poetas benditos, poetas gerentes, Burgos y Poes. Hasta los del verde oliva probaron el embrujo y soplaban en las patrullas.

Y para todos, bailarines ciegos y asustados en esa cuerda floja, parte del destino maldito de la mancillada ciudad, era como en la oda de Keats:

“En el propio templo del placer, una velada melancolía tenía su altar soberano”.

Medellín, febrero de 2013. UC





Banderilleros sentados. Reciben alrededor de \$ 270.000 por cabeza. Su hazaña se ejecuta dos veces cada tarde durante cinco días. Son los encargados de darle la bienvenida al toro. El toro les agradece con su primera embestida.

# Sin muerto no hay corraleja

Fotografías de Stephen Ferry

El toro no entiende nada en medio del bullicio y de los trapos que se agitan a lado y lado. Capotes que anuncian almacenes de variedades y números en el tarjetón. No reconoce los gritos que vienen de la arena, y lo llaman y lo retan con un insulto, de los que llegan desde las tribunas de madera, que animan, ofrecen, chillan de horror o alegría. El ojo del toro no logra ordenar la plaza, se distrae con cada lance. El toro ni siquiera reconoce cuando su embestida deja una cicatriz para el orgullo o una cornada mortal.

El fotógrafo busca un orden para entender la fiesta. Su atención encuentra la reverencia de quienes brindan el espectáculo frente a quienes lo pagan. En este circo el respetable paga directamente las hazañas de los payasos, los héroes, los borrachos, los diestros y los siniestros. El lente del fotógrafo apunta al palco, se agazapa bajo las tablas, mira el desorden de espontáneos en la arena. Intuye un orden que le sirve para responder preguntas más grandes y más serias. Preguntas y respuestas de la plaza mayor.

Al final de la tarde una frase despreocupada y brutal desbarata sus teorías. O las reafirma: "Es que esa es la diversión que aquí encuentra la gente de la costa: si no hay un muerto no hay corraleja... lo demás a la gente no le vale nada." UC





Buscan un padrino en el palco que compre sus riesgos enfrentando al toro. Una buena tarde con los cuernos cerca puede dejar \$50.000.

La muerte de 'Mono' Mejía. Un experimentado capotero que cobraba hasta \$600.000 por una semana de trabajo. Esa tarde, el 'Mono' Mejía se resbaló y cayó. El error le causó la muerte.

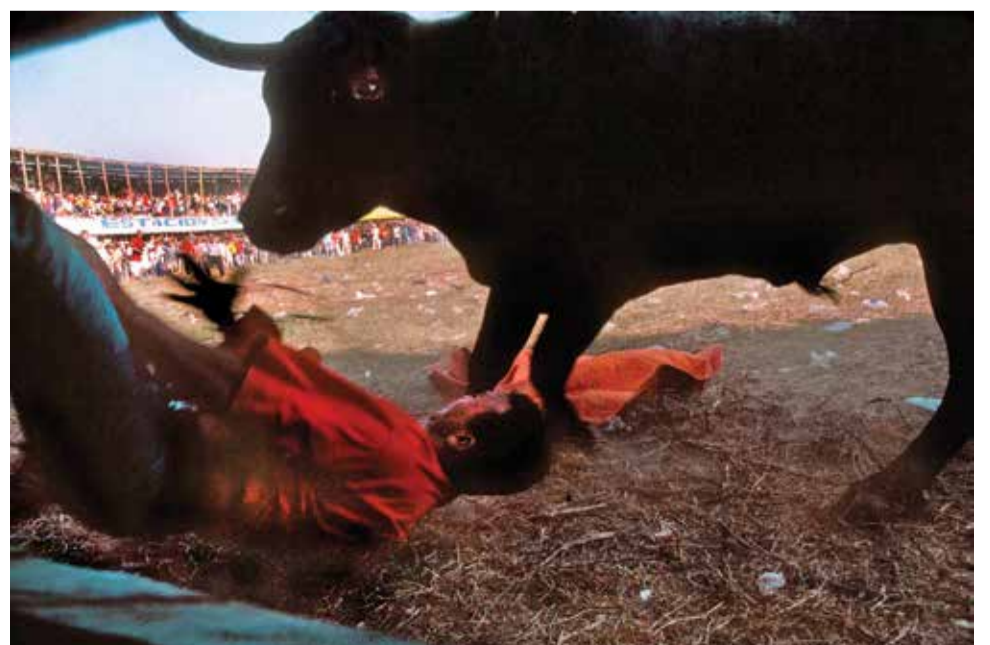




Los precios de las entradas al palco varían entre \$15.000 y \$25.000. Una misma boleta para el horror y la celebración.



Sufrió una leve herida cuando hizo su show frente al toro. Sube al palco y muestra su herida a cambio de propinas.



# De película

por DAVID E. GUZMÁN

Ilustración: Tobías

Aún no sabíamos si Alex iba a heredar un equipo de edición viejo y se iba a convertir en un exitoso editor de películas porno, o si se iba a ir de viaje para la costa con Cachema, su mejor amigo, y en el bus iban a conocer a la gorda gótica. No estábamos del todo seguros de que la hermana de Alex fuera una yonqui con las uñas pintadas de azul; quizás ella podía ser amiga de la gorda gótica. Lo que sí sabíamos era que a Alex su madre le había dado un ultimátum: o conseguía trabajo o se largaba de la casa.

Y así, poco a poco, tratábamos de armar la historia. Nuestra idea era que al cabo de dos meses tuviéramos control de todo lo que pasaba para escribir el argumento, por eso las reuniones de trabajo empezaron a ser más frecuentes. Al principio, cada martes y jueves íbamos al taller de guión y después nos quedábamos trabajando y tomando cerveza. Luego de un mes, cuando la efervescencia creadora aumentó, decidimos hacer jornadas extras de trabajo. No hacíamos sino pensar en ese guión, ver esa película.

Corría 1999 y yo era el único de los amigos que vivía solo, así que el lugar elegido, sin lugar a discusiones, era mi casa: una caja de fósforos que quedaba

en La Floresta, en un edificio pequeño que parecía tener incrustada una pecera en el segundo piso, un ventanal con cortina y luz azulosa. Allí, alrededor de una mesa de madera negra, nos sentábamos a dar ideas, a pensar en los personajes, a sugerir puntos de giro. Para ese momento ya sabíamos que gran parte de la historia se desarrollaba en el ambiente del barrio Carlos E. Restrepo, y aunque no todo estaba definido sí había unas escenas claras, algunos diálogos.

De pronto, mis dos compañeros empezaron a caerme a la casa cada dos días. Trabajábamos juiciosos, nos repartíamos tareas, y tras varias semanas cogimos la costumbre de rematar las jornadas de trabajo en el parque de La Floresta, fumándonos un pucho y hablando de otras cosas que no fueran Alex, la gorda gótica y la edición porno. Era difícil, pero los humos y los picaños de fútbol callejero nos ayudaban.

Cierta tarde solo apareció Daniel a trabajar. Como siempre, parqueó el carro al frente de la peluquería que quedaba en el primer piso. Esa vez no avanzamos en la trama sino que revisamos los apuntes del taller. Aún no teníamos claro qué queríamos decir con la historia de Alex, era necesario concretar la idea, pensar en el tema y entender la "Teoría del código": "Hay una sola manera

de narrar esa película", nos había puesto a pensar el maestro. Tipo siete de la noche decidimos parar el trabajo y nos fuimos para el parque; era la primera vez que íbamos sin Miguel.

Aunque el parque quedaba a tres cuadras, llegamos en carro porque Daniel prefería tenerlo a la vista. Esa noche vimos un niño fumándose una pata de marihuana, la cogía con maestría, haciendo una fina pinza con el índice y el pulgar mientras nos hablaba con la voz rasgada y sostenía el humo en los pulmones. A los pocos minutos de estar ahí varios pelaos del barrio salieron a jugar fútbol a la calle. Nos gustaba mucho ver esos partidos, en especial cuando jugaba Chachá, un señor que hacía las veces de central y dirigía el equipo desde atrás. Esos cotejos siempre quedaban 1-0 porque los arcos eran pequeños y los arqueros gordos.

Al final del partido sonaron unos disparos por los lados de El Coco, aunque en ese momento no sabíamos que eran disparos, podía ser pólvora o las llantas explotadas de un camión. Sonaron lejos y pasaron casi desapercibidos, opacados por los gritos de los gomosos: "veme aquí", "poneme a jugar", "dame la confianza", "al balón", "pegalo". No recuerdo como quedó ese partido, pero sí me acuerdo de lo bien que jugó Chachá, que vivía en una casa esquinera amarilla donde había un loro coronando el techo. O un gallo.

Nos montamos al carro, Daniel me iba a arrimar a mi guarida y seguía su camino. Le dimos la vuelta al parque y salimos a la glorieta dibujada de la carrera 82 con calle 46. Unos pocos segundos, un giro, una baja de velocidad, y el carro, un Renault 9 azul oscuro, se fue acercando a la peluquería, que a pesar de la hora permanecía con señoras haciéndose rizar, tinturar o peinar.

No habíamos frenado del todo cuando apareció por el lado de Daniel otro carro igualito pero rojo. Se bajaron dos tipos exaltados con pistolas en las manos. El copiloto me abrió la puerta y el que manejaba, el más agresivo, apuntando con el fierro le ordenó a Daniel que se pasara para la banca de atrás. En ese momento el otro tipo me golpeó en la cabeza con la mano que empuñaba el arma y me apartó del vehículo. Desde el suelo vi a Daniel sentado atrás y a los pillos montados en el carro, a punto de arrancar. Mi amigo del colegio, de toda la vida, ahí sentado. De pronto le gritaron algo y él se bajó. Los tipos hicieron chirriar las llantas al arrancar y dejaron el otro carro ahí, con las puertas abiertas.

Las peluqueras salieron, una que permaneció adentro llamó a la policía y, en medio del trance, decidimos que lo mejor era irnos a poner el denuncia y que las peluqueras atendieran la ley. No sé por qué me pareció mejor que los tombo no supieran nada de mí, ni dónde vivía, así que les pedí el favor a ellas de que contaran lo del robo y dijeran que las víctimas nos habíamos ido a poner el denuncia. Así fue. Muy asustados, con la imagen de los rostros violentos, los insultos, con todo en la cabeza, incluido el recuerdo de los boquifrios, cogimos un taxi para la inspección de policía de La América.

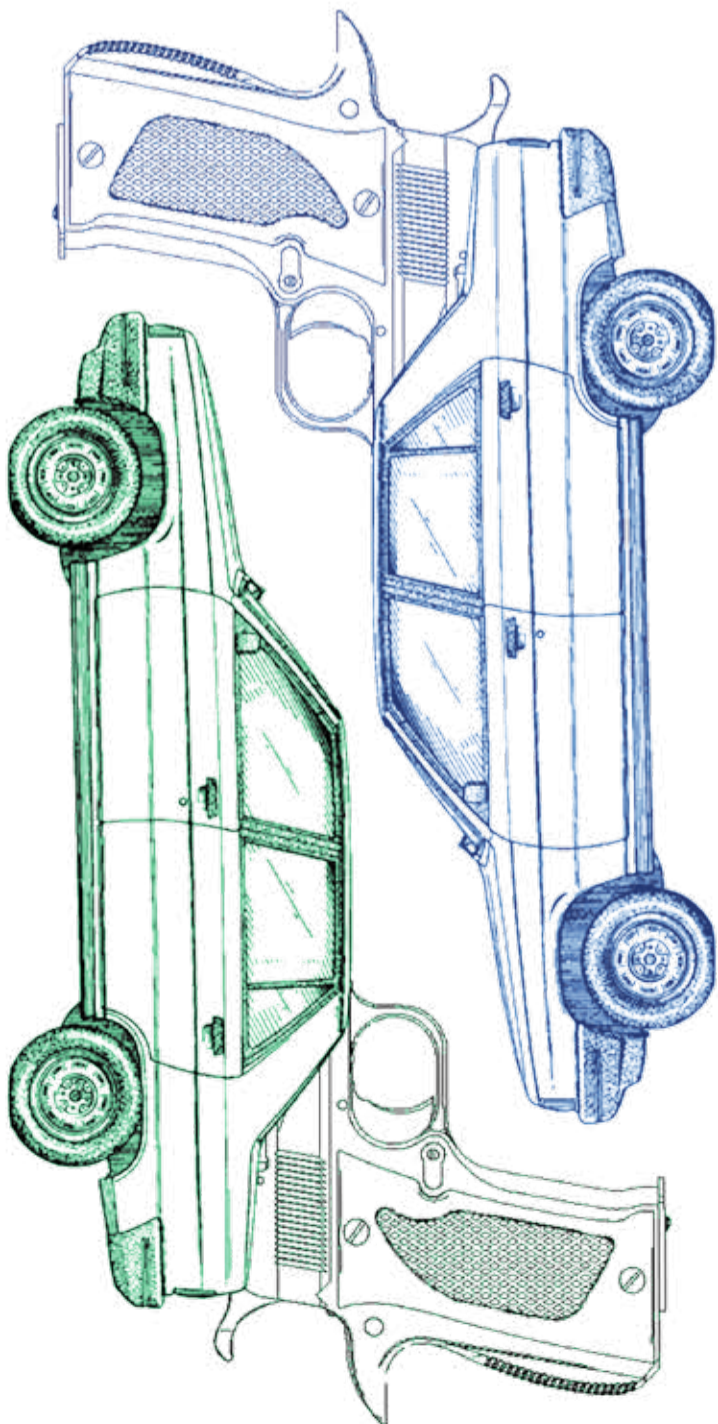
Allá terminamos de pasar el susto y pusimos la denuncia. Por primera vez en un par de meses pasamos más de media hora sin acordarnos de Alex ni de la gorda gótica. La historia que había ocupado nuestros pensamientos y energía en los últimos tiempos ahora no existía, había sido desplazada por ese susto, por esa cercanía con la muerte, por los tipos que realmente se veían como sacados de una película de sicarios paisas de los ochenta.

Salimos de la inspección, estábamos a unas cuatro cuadras de la casa de Miguel. Eran como las nueve de la noche, lo llamamos y nos fuimos para allá. Le contamos todo lo que nos había pasado; Daniel relataba, yo reflexionaba, él conjeturaba, yo ampliaba. Hablamos de todo, menos de la historia de Alex.

Mientras comíamos donde Miguel llamó Alejo, otro amigo, a ver qué íbamos a hacer más tarde. Era jueves y a veces acostumbábamos salir por ahí en las noches. Nos pareció perfecto ventilarnos un poco, reivindicarnos con la calle, con Medellín. La denuncia estaba puesta y el carro estaba asegurado, ya era justo seguir con la vida. Alejo quedó de recogerlos antes de las diez.

El balcón de la casa de Miguel era pequeño, solo cabían dos personas, tres estrechas. Ahí estaba yo cuando llegó Alejo en su Sprint verde aceituna y se parqueó al frente del edificio. Pitó dos veces seguidas y corticas. "Llegó Alejo", dije. Miguel se terminó de lavar los dientes —siempre se demoraba mucho en ese menester— y bajamos por las escalas. Era un tercer piso.

Ya estábamos montados en el Sprint: Alejo y Miguel adelante, Daniel y yo atrás. Alejo iba a meter primera, pero primero entró un fierro por el lado de su ventanilla. Era un man, no tan agresivo, más bien calmado. Sin insultos y sin golpes, dejándole todo el trabajo sucio al revólver que movía con solvencia, nos hizo bajar del carro en



menos de un segundo. Parecía un ejecutivo yupi caído en desgracia, o desesperado, de bluyín y camisa por fuera. El recuerdo que tengo es el de todos parados estupefactos en la calle y el tipo metido en el Sprint, como que no cabía y tenía que agacharse. Creo que quise que tirara la silla para atrás, o quizás lo hizo, y arrancó. Nos miramos sin entender lo que pasaba. Ni siquiera le habíamos terminado de contar a Alejo lo de hacía una hora, y ahora esto; parecíamos en una cámara escondida o algo así.

Hubo risas, algunas de incredulidad, otras de nervios: “no puede ser”, “esto no puede estar pasando”. En menos de diez minutos estábamos de nuevo en la inspección. Al principio creyeron que se nos habían quedado los papeles o que teníamos nueva información. “No, ustedes no nos van a creer: nos robaron otro carro”. Los funcionarios quedaron boquiabiertos y los policías nos miraron hasta con sospecha; quién sabía qué estábamos fraguando, qué nueva modalidad de robo o denuncia prestidigitadora tramábamos para después cobrar algún seguro. Pero la realidad se desbordaba y otra vez escucharon la denuncia, ahora de boca del flaco Alejo, un pianista que lo único que temió en el momento del robo fue que le dispararan en las manos.

Salimos otra vez de la inspección, nos sentíamos como en día cívico. Volvimos a la casa de Miguel y conversamos un rato. Ni siquiera cuando alguno de nosotros dijo que lo que nos había pasado era “de película” nos acordamos de nuestro guión. Esa noche muy pronto cada uno estuvo en su casa; temeroso llegué a La Floresta y la peluquería estaba cerrada. Del carro rojo no quedaban rastros. Subí las escaleras y me metí en la casa, no prendí luces y me acosté para tratar de dormir.

Al otro día fui temprano a la universidad y al regreso las peluqueras me hicieron entrar a la peluquería, me dieron un vaso de gaseosa y me contaron que la policía había venido, y que los tipos que nos habían robado posiblemente habían matado a alguien esa misma noche. De inmediato recordé los balazos en medio del partido, calculé el tiempo, y sí, era factible que los disparos hubieran sido obra de los ladrones del carro de Daniel. Aunque hablaba poco con las peluqueras, debí contenerme para no contarles lo que había ocurrido el resto de esa noche. Me preguntaron cómo nos había ido en lo del denuncia, respondí con monosílabos y subí a mi casa para llamar a Daniel a contarle.

Me contestó la mamá de Daniel, que es muy nerviosa, y me dijo que él estaba haciendo vueltas, que el carro había aparecido abandonado y medio chocado, que los ladrones se habían montado a aceras y habían atropellado a una señora por el barrio Buenos Aires. Para mi sorpresa, también sabía lo del carro de Alejo: el que se lo había robado era un tipo que había salido ese día de la cárcel. El Sprint fue hallado intacto esa misma mañana en una urbanización en Itagüí. En parte era el fin de la historia de esos robos, no quedaba ningún cabo suelto, al menos teníamos la información suficiente para no quedar con dudas, para olvidar.

Al martes siguiente Daniel y Miguel llegaron a mi casa. Esta vez no llevaron carro. No sé si estaban asustados, si miraron de soslayo a las peluqueras, si hablaron de los robos en el camino. Nos sentamos alrededor de la mesa, servimos cerveza, saqué los avances y comencé a leer. Pronto volvimos a entusiasmarnos, a discutir sobre los ires y venires de la gorda gótica y las motivaciones de los personajes. Otra vez el “código de la película” nos absorbió la mente y ahí estábamos, como si nunca nos hubieran robado dos carros la misma noche. UC



## Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

# LUCES DE LA CIUDAD

**E**n las grandes ciudades, por modernas o caóticas que sean, queda siempre (supongo) un reducto de aldea. O, al menos, de otros tiempos. Sospecho que esto vale para Nueva York, Rio de Janeiro, México, Bogotá, Medellín (no vale tal vez para Brasilia, que, según referencias, no es una ciudad, sino un stand).

Habrán aún por fortuna muchos ejemplos en Medellín, la urbe de nuestras cuitas. Menciono un hecho mínimo, y agrego una ñapa; por ambos pido perdón, y omito referencias a edificios o lugares históricos, pues esos, cuando sobreviven, obedecen a otras normas, que no caben aquí.

Había en el centro una especie de callejón, de no más de 50 metros, sinuoso y estrecho, perdido entre dos amplias avenidas. El que lo transitaba se veía de pronto en un inesperado rincón caribeño, con ventorrillos de pescados, mariscos y ceviches, y generosos decibeles de porros y vallenatos. Se aconsejaba no visitarlo, sobre todo de noche, porque era peligroso, pero ese posible peligro le añadía cierto atractivo; no sé si existe todavía, y, en tal caso, si su peligrosidad se ajusta a las cuotas que hoy nos rigen y nos regirán.

Y la ñapa, casi invisible: Al frente de mi casa hay ahora una sastrería, ubicada en un lugar tan pequeño como amable; el dueño es un hombre de paz, que me cobra seis mil pesos por dejar a punto mis añejos pantalones. Trabaja hasta tarde, y su luz en la noche regala una calidez que tal vez sus vecinos ya no merecemos. No lo ha detectado aún el urbanismo paísa de hoy, incapaz de respetar, pero experto en arrasar. Tiemblo al pensar en la inminente suerte que le espera a don Antonio.

P.D. También la ficción, siempre tan veraz, ha tocado mil veces este tema. Recuerdo la bella película *Sombras en la niebla*, de Woody Allen, y *Angosta*, la mejor novela de Héctor Abad; en ella hay una espléndida descripción de un oscuro restaurante chino —situado en la zona baja, por supuesto—, que no me dejará mentir.

## CODA

Se retira Memo Cardona de la dirección de la Fiesta del Libro. Le aportó a ese evento creatividad, imaginación y un gran entusiasmo. Ahora, ya retirado a sus cuarteles de invierno, podrá dedicarse a continuar su saga de novelas sangrientas. Lo sustituye en el cargo Juan Diego Mejía, otro peso pesado. Tiene larga experiencia en manejos de la cultura, y es además un excelente escritor. Ha parido muy bellos libros, y además un cuento que es una obra maestra. Después lo amplió a novela, muy buena también; pero no es lo mismo. UC

**Calle 27 Sur N° 43A - 61**  
**Teléfono: 448 24 04**  
**www.otraparte.org**  
**Horario de atención:**  
**3:00 p.m. - 11:00 p.m.**

LA LIBRERÍA DE OTRAPARTE

Ilustración por Daniel Gómez Henao

**DR. GUSTAVO AGUIRRE**  
**OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A. CIRUGÍA CON LÁSER**

---

**Clínica SOMA**  
**Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00**





Eugenio Merino

**Stairway to heaven**

Silicona, pelo humano, fibra de vidrio,  
poliéster, poliuretano, ropa

La foto es de Carlos Albalá y Víctor M. Fernández  
2009.

# La Oficina

por RICARDO LEÓN CRUZ

Una mezcla de hechos desafortunados le costó la vida a Elkin Vladimir Rivera González. Su historia aparece consignada en el expediente judicial del proceso que una fiscal de la Unidad Anticrim adelanta contra Edison Rodolfo Rojas, alias 'Pichi', capturado el 10 de febrero en ciudad de Panamá y considerado por las autoridades como el último gran cabecilla de la Oficina de Envigado.

En él se dice que a Elkin Vladimir la muerte lo sorprendió un 10 de agosto de 2008, a eso de las 8:30 de la noche, a la edad de 26 años. Dos sicarios que se movilizaban en una motocicleta DT Yamaha lo mataron —tres impactos con arma de fuego— en el cruce de la carretera 47 con calle 86, barrio Campo Valdés, cuando conducía una moto tipo BWS.

Las pesquisas judiciales para identificar a los responsables del crimen comenzaron a dar sus frutos. Todas las pistas apuntaban a 'Pichi', un sicario de vieja data del nororiente de Medellín que había escalado posiciones dentro de la criminalidad hasta convertirse en un hombre clave en la estructura de la llamada Oficina de Envigado.

De acuerdo con el ente investigador, a 'Pichi' le asignaron el mando de la mayoría de combos y bandas delincuenciales de Manrique y Aranjuez. Su ejército sicarial lo integraban no menos de 300 jóvenes seducidos por el dinero del hampa. Un sí de este patrón bastaba para determinar quién vivía y quién moría en las laderas del nororiente de la ciudad. Fue precisamente él quien dio la orden, a finales de julio de 2008, de asesinar a 'El Negro', integrante de un combo conocido como El Cristo que delinquía en el barrio Campo Valdés, por considerar que era un "hombre poco serio".

Con obediencia militar los asesinos echaron a andar su misión. Pero la presión del "patrón", sumada al afán de reconocimiento, llevó a los sicarios a confundir el objetivo y matar a quien no debían: Elkin Vladimir. Y los errores no eximen de responsabilidades jurídicas. Paradójicamente, esta muerte llevó a la Fiscalía a conocer más a fondo el prontuario criminal de alias 'Pichi', sindicado también del homicidio de dos agentes de la Policía asesinados el 12 de julio de 2012 en inmediaciones del Jardín Botánico de Medellín. Para las autoridades civiles y la fuerza pública esta captura representa el principio del fin de la Oficina de Envigado.

La moral de los organismos de seguridad se encuentra en su punto más alto, pues sienten que la balanza de la guerra contra esa estructura mafiosa, que por años fue absolutamente asimétrica y desigual, hoy está a su favor. No son pocos los logros de estos cuatro años: las capturas de 'Sebastián', 'Valenciano', 'Douglas', 'Kener', 'Riñón', 'Beto' y 'Frank' y 'Carlos Pesebre' están entre los más sonados. A ellos se suma una larga lista de cabecillas muertos en vendettas mafiosas y otros más que decidieron saldar sus cuentas con la justicia norteamericana *face to face*.

Sin embargo, hay quienes piensan que la Oficina de Envigado todavía es una empresa criminal sólida que, lejos de desmoronarse, sigue teniendo alta injerencia en las actividades ilegales de

la ciudad, el país e incluso el exterior, "pues no de otra manera se explica que varios importantes miembros de esta estructura hayan sido capturados en el extranjero", como lo aseguró un curtidor investigador judicial al elaborar una lista a mano alzada de los colombianos señalados de tener vínculos con la Oficina que han sido capturados o asesinados en otros países: Maximiliano Orozco ('Valenciano'), capturado en Venezuela en 2011; Héctor Darío Sánchez Galeano ('Memín'), capturado en Venezuela en 2011; Jorge Alexander Quintero, asesinado en Argentina en 2009; Mauricio Alberto González ('El Ronco'), capturado en España en 2009; Sergio Luis Álvarez ('Fruco'), asesinado en Perú en 2011; Héctor Duque ('Monoteo'), asesinado en Argentina en 2008.

Hay quienes van más allá. Para Fernando Quijano, director de la Corporación para el Desarrollo Social —Corpades—, la organización aún es dominada por "hombres oscuros" que se jactan de ver cómo capturan a los peones del ajedrez mafioso: "para entender qué pasa hoy con la criminalidad hay que hurgar en el pasado, saber cómo funcionaban las cosas años atrás para darse cuenta de que algunos nombres y situaciones siguen siendo los mismos".

Acertadas o no, sus palabras invitan a redescubrir el pasado doloroso de la ciudad, pues si bien el apelativo de Oficina de Envigado comenzó a ser de dominio público en la primera mitad de la década de 2000, por esta empresa criminal han pasado cuatro generaciones de delincuentes cuyos orígenes se remontan a los tiempos del extinto Pablo Escobar.

## El origen

El 23 de febrero de 1993, en desarrollo de las investigaciones que la Fiscalía General de la Nación adelantaba por los homicidios de Fernando Galeano Berrió (alias 'El Negro') y Gerardo Moncada (alias 'Kiko'), ocurridos el 2 de julio de 1992 en la cárcel La Catedral de Envigado, el ente investigador recibió la declaración de un testigo sin nombre que afirmó que "Pablo Escobar era el jefe de una organización criminal llamada Cartel de Medellín, que nació a mediados de 1980, que se dedicaba al tráfico de cocaína a través de una oficina a la que iban industriales, personalidades de la banca, de la política, para solicitarle préstamos o para 'apuntarse'

en las vueltas de narcotráfico. La oficina funcionó hasta la muerte de Rodrigo Lara Bonilla".

Fue Escobar quien se inventó los sistemas de cobro a los narcotraficantes: el éxito de las autoridades se traducía en ruina para los narcos, y por ello, mediante una bolsa común en la que todos ponían, se aseguraba el cargamento ante posibles caídas. En dicha oficina también se cobraban deudas —como solo se pueden cobrar en el bajo mundo—, a cambio del treinta por ciento del valor adeudado. "El remoquete de oficina viene del apodo de Pablo, 'El Doctor', y como cada 'doctor' tiene oficina y Envigado era el centro de operaciones, Pablo no podía ser la excepción", explicó un fiscal ante la pregunta sobre el origen del término.

Y no parece del todo desacertado. En el proceso por los homicidios de Galeano y Moncada también reposa la versión de John Jairo Posada Valencia, alias 'El Titi', uno de los sicarios del anillo de confianza de Pablo Escobar y coautor de los asesinatos, quien a la pregunta del funcionario judicial respondió: "¿Qué es una oficina? Pues una oficina es una empresa que se dedica a una actividad y es con la que uno trabaja, la que le paga a uno. En este caso, la empresa se dedica al narcotráfico, al secuestro, a la extorsión". La declaración de otro testigo sin nombre resulta aún más esclarecedora: "la Oficina realmente poderosa era la de los 'Galeano' de Itagüí. Pablo Escobar, con su oficina de Envigado, lo que hacía era prestarles seguridad en las pistas desde donde ellos enviaban cocaína a los Estados Unidos".

Solo el paso del tiempo ha permitido saber que la muerte de Galeano y Moncada desató una cruenta guerra en la que paramilitares, narcotraficantes y autoridades aunaron esfuerzos para desterrar todo lo que guardara relación con Escobar. Quienes no perdieron la vida tuvieron que exiliarse, y quienes se quedaron debieron someterse a los nuevos jefes, cuyo poder se resume en una corta pero dicente frase: "nosotros derrotamos al poderoso Cartel de Medellín".

Lo anterior podría considerarse como el inicio de la segunda generación de la Oficina, bajo el mando de un antiguo tesorero de Escobar al que le perdonaron la vida: Gustavo Adolfo Upegui López.

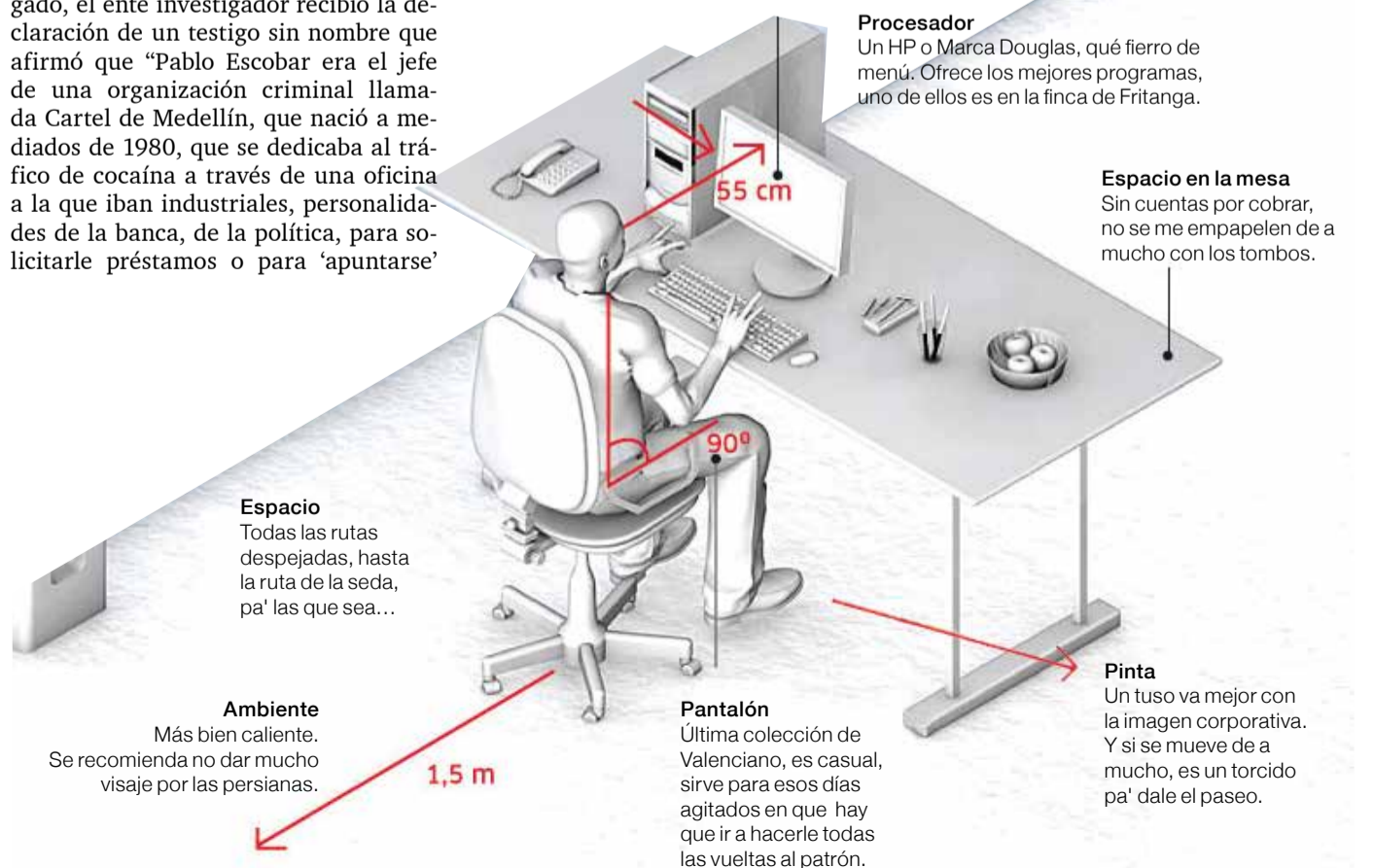
Su principal encargo fue articular la Oficina con los carteles de Cali y el norte del Valle, a petición de un antiguo escolta de Fernando Galeano: Diego Fernando Murillo Bejarano. Las actividades ilícitas del otrora presidente del Envigado Fútbol Club están consignadas en diversos informes judiciales, como el realizado por el Cuerpo Técnico de Investigaciones (CTI) de la Fiscalía en 2002, donde se reseña el "Cartel de Envigado" y el poder de Upegui en la política envigadeña.

En mayo de 2005 el CTI de Medellín envió a las autoridades en Bogotá un informe donde describía al Cartel de Envigado como "toda una organización delictiva dedicada al tráfico de drogas y otras actividades asociadas a la misma como sicariato, microtráfico y conformación de grupos de limpieza social. Las actividades de narcotráfico se realizan en Envigado y sus cabezas visibles son 'Don Berna', Upegui, Daniel Mejía y Carlos Mario Aguilar".

Mucha sangre ha corrido desde que la policía judicial caracterizó al denominado Cartel de Envigado. De sus cabezas visibles dos se encuentran purgando condenas en Estados Unidos, otro fue asesinado en 2007 y del otro se dice que está muerto, aunque nadie sabe dónde están sus restos. Quienes aspiraban al trono de la empresa criminal, bien por jerarquía, bien por antigüedad, se enfrascaron en una guerra que tiñó de sangre las calles del Valle de Aburrá.

Por eso el valor que tiene para las autoridades la captura de Edison Rodolfo Rojas, pues significa el fin de la cuarta generación de la Oficina, que lideraba Ericson Vargas ('Sebastián') y su hermano Frank. Pero esta ciudad, que sorprende al mundo con su innovación, no se cansa de producir peligrosas mentes criminales. Quienes llevan años estudiando el tema señalan, con visos de alerta, los nombres de Reinaldo Ochoa Mesa ('Natilla'), Carlos Arturo Arredondo ('Mateo'), Fernando Alonso Rivera ('Nano'), Carlos Alberto Chavarria ('Chata'), Didier y Wilson Ríos, los posibles interesados en recomponer el emporio criminal que nació en Envigado a principios de los años ochenta y que, como lo apuntó Fernando Quijano, ha logrado sobrevivir a los ires y venires del hampa por cerca de tres décadas. ☹

## Normas para una oficina saludable





parque  
*explora*  
MEDELLÍN

**UNA COSA ES**

**EL RIGOR CIENTIFICO**

**Y OTRA**

**EL RIGOR MORTIS**

**J. WAGENSBERG**

JOSÉ PUBÉN (Cajamarca, Tolima 1936 - Los Angeles, USA 1997), seudónimo de José Jahir Castañero. Vestía blazer, y en las tardes tomaba el té en un saloncito de la carrera séptima, resguardado discretamente en una mesa lateral. De pronto apareció vestido de overol, y algunos años después se le veía a la puerta de otro salón de menor categoría, envuelto como Carlitos en su frazada. Luego desapareció. Se supo que estaba en Los Angeles. A los críticos les da pena decir que allá terminó recogiendo desechos. En Bogotá nunca lo tomaron en serio, por lo cual emigró a los Estados Unidos. *Manteca de oso...* lo encontramos en un librito de colección popular para bachilleres.

por JOSÉ PUBÉN

Ilustración: Cristina Castagna

# Manteca de oso viche para las verrugas

*Mientras lees, un oso blanco perezosamente orina, tiñendo la nieve de azafrán.*

Denise Levertov

Aún tenía ganas de dormir cuando me despertaron. A duras penas reconocía lo que me rodeaba. Me pareció, por un momento, ver sombras amenazantes sobre mi cabeza. Fue todo un gesto que se complementó con el desconocimiento del lugar y con la extrañeza por la cama: ¡Los dueños de la casa habían instalado una colchoneta en la sala!

Estábamos de paso. La madrugada era inevitable, como lo fue la acostada tarde de la noche, agotados por el cansancio de un día agitado y por la charla y recuento —entre cortesías— con los amigos que nos hospedaban. No recuerdo qué negocios o qué tipo de amistad ligaba a mi padre con ellos, ni tampoco recuerdo el motivo o motivos de la premura en viajar y precipitar el recorrido. Me parecía que no era para tanto.

La sombra que me sobresaltó se alejó hacia la puerta de la sala, mientras apuraba con la voz mi levantada. Y reconocí en ella el cuerpo y acento de la voz de mi padre, que se alejaba hacia el cuarto siguiente donde había sido instalado cómodamente.

Por un momento me quedé en la penumbra repitiendo para mí sus llamados de urgido apresuramiento, dichos por él en tono de susurro para evitar innecesarias molestias a los otros residentes de la casa que —se pensaba— continuarían durmiendo hasta las horas habituales.

Un fuerte olor a humedad parecía rodearme. Salía de las viejas paredes y de los muebles del lugar, que a la luz de las sombras encontraba mucho más grandes. Con la mano, al extender un brazo mientras me ponía la camisa, rocé descuidadamente un ramo de flores que se había secado en el florero y que no había alcanzado a distinguir entre la penumbra. El chasquido de las ramas y pétalos secos, y el contacto con la mano que los rozó, me hizo sobresaltar de nuevo y precipitó, en cierta forma, el que me apresurara a ponerme el pantalón.

El colchón, las cobijas y la almohada las acomodé en la forma que mejor me pareció, colocados a tuestas uno sobre otro, como si quisiera disculpar mi presencia en esos lugares. Tan pronto terminé este arreglo me adelanté a salir al corredor.

Un murmullo de mi padre, salido del cuarto donde alistaba sus cosas, aprobó mi prisa. Estimulado por ello me atreví a cruzar los pocos metros de corredor que había entre el marco de entrada a la sala y el portón de la casa. Con infinito cuidado, evitando toda clase de ruidos, abrí la puerta. Y una inesperada corriente de fresca negritud rodeó todo mi cuerpo (antes del amanecer hay un tiempo de oscuridad que parece prolongado hacia el vacío). En el primer momento no pude distinguir ni siquiera las sombras de las casas que acordonaban la calle del pueblo. Quizá encandelillado por el contraste de la luz que iluminaba el corredor y el negro boquerón que había entreabierto en la puerta.

Al sentir la corriente de aire fresco mi padre musitó, asomándose al corredor: “no abras aún la puerta...”. Y puso cara de regaño, para vigorizar sus palabras, mientras yo la cerraba de nuevo. No había dado dos pasos de regreso cuando aparecieron los dueños de casa, adecuadamente vestidos como si fueran a salir con nosotros. Evidentemente lo hacían por respeto y mucho de agradecimiento con mi padre, que en los días anteriores —posiblemente— les había prestado algún servicio. Parecía como si la visita de mi padre por esos lugares no fuera del todo tan frecuente o como si casi nunca hubiera utilizado los servicios que ellos podrían prestarle con la suficiente confianza.

Mi padre, sin suspender el esfuerzo que hacía al ajustar las correas de las

maletas, les sonrió un poco cohibido, sin dejarles de reprochar con alguno de sus gestos la innecesaria levantada. Y por un momento suspendió la atadura final de las correas, extrañado, quizá, de que la pareja se encontrara vestida en forma tan ajustada y completa como si se dispusieran a salir o como si hubieran esperado vestidos toda la noche hasta la hora de la partida anunciada para la madrugada. Por un momento pensó en preguntarles, pero se retuvo a tiempo evitándoles una innecesaria vergüenza o desconcierto. Parecía, simplemente, que acostumbraban a despedir así a sus huéspedes. Y posiblemente, dado su carácter gentil, si era necesario, los hubieran llevado hasta el paradero de los buses y taxis.

Cuando observé que mi padre ya estaba listo volví a la puerta, como si me

acercara a un precipicio de infinito vacío, y la abrí enfrentándome resueltamente a la oscuridad. No sentí ni vi carro alguno esperándonos, pese a que lo suponía dada la prisa de mi padre y de acuerdo a su costumbre. Con un cálido apretón de manos mi padre se despidió del matrimonio y avanzó, ligeramente inclinado, balanceando las dos pesadas maletas en sus manos. Al pasar junto a mí, que lo esperaba indeciso en la puerta, me hizo regresar a despedirme de la pareja acentuándome, ya muy cerca, en tono quedo pero firme, la orden perentoria: “¡Vaya deles la mano y las gracias!”. Por lo visto era lo que el hombre y la mujer esperaban casi ceremoniosamente de mi parte. Al acercarme a darles el saludo noté una natural preeminencia del uno sobre el otro. Por un



momento me pareció que estaban sobre una tarima a la cual era difícil e irrispetuoso ascender y tocarlos. Sin embargo, yo, con otra especie de gesto ceremonioso, que no sé de dónde saqué, les tendí la mano. Recuerdo muy bien que al final no logré dominar un innecesario temor, pues lo hice como aturdido, quizá un poco desconcertado por la situación que se me había creado. Si no es por la mujer, que terminó por ponerme una de sus manos sobre la cabeza, como dándome confianza, yo hubiera conservado de ellos una imagen no exenta de un cierto desagrado.

Al alejarme hacia mi padre, que tapaba con su espalda la oscuridad, lo hice con pasos inseguros como si tuviera un peso apabullante sobre mis espaldas —el de los cuatro ojos de la pareja— que parecieron prolongar el trayecto, ya que sentí como si la pareja no se hubiera movido y me observara desde el sitio en que me habían esperado. Mi padre me dio paso (¿o me escabullí por uno de sus lados?) y creo que volvió a agitar sus manos y dejó escapar nuevos murmullos de despedida cordial mientras cerraba la puerta; pero, a la vez, les indicó que ya estaba el carro esperándonos, que no fueran a salir al frío de la madrugada. Solo cuando cerró la puerta, que dejaba escapar un chorro de luz sobre la calle interrumpido por nuestras sombras, noté la presencia del automóvil estacionado a un lado de la propia casa que acabábamos de dejar. Instalado al lado del timón, como si no se hubiera dado cuenta de que ya estábamos próximos a abordar el carro, estaba el chofer fumándose un cigarrillo. Mi padre —sin saludarlo siquiera— abrió la puerta trasera izquierda y me indicó palmoteándose el hombro que debía subir de primero. Pero antes le di una última mirada a la oscuridad cortada por un refilón de aire frío. Al entrar al carro, que tenía la atmósfera viciada por el humo del cigarrillo, el hombre ni se volvió a mirarme. Y casi mecánicamente se bajó del carro, cruzando ante mi ventanilla, y abrió la portezuela del baúl. Y sin necesidad de que mi padre le ayudara acomodó rápidamente las dos maletas. Y de un golpe seco la volvió a cerrar. Y regresó apresurado —como si evitara el frío— al timón del auto. Simultáneamente, tanto mi padre como él abordaron el carro y ajustaron las puertas al unísono. Y al momento sentí un primer ronroneo del carro al calentar el motor. Todavía sin hablar el hombre prendió las luces delanteras que rompieron airadamente las tinieblas que envolvían la calle, permitiendo reconocer los aleros, las puertas y las ventanas más cercanas. Rodeados por los vidrios de la noche y precedidos por la luz que parecía hacernos penetrar a una inmensa catedral nocturna iniciamos el viaje con el silencioso chofer que ya se sabía la ruta y que por todo saludo le dijo a mi padre: “Ya estaba a punto de pitar”. “No hubiera sido necesario”, replicó mi padre, al tiempo que trataba como de ver, a través del vidrio, la puerta de la casa que acabábamos de dejar. Quizá pasaron diez o quince minutos antes de que volvieran a dirigirse la palabra: no recuerdo bien si fue sobre el tiempo que hacía por aquella época o sobre la hora en que iniciamos el viaje.

La noche seguía oscura, pesada, los matorrales que enmarcaban la carretera parecían fantasmas deslumbrados que huían al paso de las luces del carro, no sin antes tocarlo como de pasada. Bien pronto aquel huir del paisaje se me hizo monótono. El carro, al devorar la estela de luz que simultáneamente sembraba al avanzar, me parecía que iba a encontrarse inesperadamente con la pareja que acabábamos de dejar. Y volví a ver contra el vidrio delantero la sonrisa, agradable y dulce, de la vieja, como si hubiera surgido del fondo de la pista. Las veces que me pareció

verlos, rompiendo el parabrisas, terminaron por obligarme a cerrar los ojos. Al final, no se en qué rato de la madrugada, me volví a dormir. Acomodé la cabeza lo mejor que pude cerca del hombro izquierdo de mi padre y me dejé llevar por el murmullo que hacía el carro al recorrer serenamente la pista de la carretera. Y volví a ver la pareja que salió a la calle, tan pronto el carro nuestro cruzó frente a su casa, y se perdió andén arriba, en sentido contrario al nuestro, para nunca más regresar...

Cuando desperté ya el día empezaba a clarear. El efecto fantasmal de las luces del carro sobre los arbustos y las rocas que bordeaban el camino había desaparecido. Podía ver la cara del chofer deformada por el espejo lateral. Sus ojos tropezaron con los míos. El hombre esbozó una sonrisa de saludo como para borrar la mala impresión que inicialmente hubiera tenido sobre él. Yo miré a mi padre como buscando un gesto de aprobación; pero él dormitaba mecido por el ritmo que le imprimía el recorrido al vehículo. El automóvil, con un cierto tono de dificultad, ascendía por la riesgosa montaña imprimiéndole a su marcha un monótono acento, que parecía acoplarse con el mismo tipo de paisaje borroso sobre las ventanillas, repetido hasta cansar, y cada vez más húmedo y tupido por la altura que buscaba, a pesar del aura de las primeras horas que empezaba a bañarlo. La búsqueda de las cumbres, cada cierto trecho, volvía a ennieblar la carretera como si las nubes pasaran sobre ellas sesgándola. Y bien se podía decir que la claridad de la luz se confundía con ellas y cada cierto tiempo se notaba que una lluvia menuda bañaba por trayectos la carretera humedeciendo aún más el ambiente. Era fácil imaginar, a través de los vidrios del carro, que afuera debía estar haciéndose sentir el frío; algunas veces estos no se empañaban del todo, quizá por el movimiento del carro y por el viento que los chocaba de refilón.

Un buen rato después de que todo se me había hecho familiar y aburrido, el chofer resolvió parar el carro a un lado del precipicio, donde empezaba el descenso, detrás de otros tres carros y de un tumulto de gente distraída que señalaba hacia el vacío. Bien podía ser un derrumbe, un accidente o un atrancón del tránsito por la varada de otro carro, pese a que en ese tramo de la ruta la neblina no dominaba en aquel momento el panorama y no se sentía lluvia. Curiosamente todas las imágenes de los alrededores se habían vuelto nítidas, lejanamente brillantadas, como si el sol —que no se veía— habitara las zonas circunvecinas de un aura lechosa. El cambio de ritmo en el viaje despertó a mi padre, que miró sorprendido como preguntando qué pasaba.

El chofer hizo una seña indicándonos que se bajaba a mirar. Y abrió la puerta sin esperar respuesta. Un boquerón de aire frío refrescó el interior del automóvil avivándonos del todo. Una mirada de mi padre me autorizó a abandonar el carro adelantándose a mi pedido. Casi al unísono abrimos ambas puertas, mientras mi padre decía: “quien sabe quién se mató”.

Solo al pisar la carretera noté la leve inclinación en descenso. Y el aire frío, que parecía cortar la piel y que caló hasta los huesos, como que dificultaba nuestros pasos hacia el grupo de gentes que comentaban entre sonrientes y ataridas. Las voces se perdían entre la nitidez y amplitud del aire.

Según entendí miraban un oso, uno de los últimos que quedaban. Pensé que el pobre animal debía estar lejos, dado lo tranquilos que se mostraban. El frío parecía hacerlos confraternizar.

Y me puse a buscarlo inútilmente al pie del tronco o entre las ramas de los árboles más cercanos a la profunda e



impresionante cañada. Unos y otros se mostraban el lugar, tratando de ubicar el sitio donde estaba el supuesto oso perdido entre el espléndido panorama del verde intenso de los árboles que contrastaban con la blancura rezagada del nevado. En principio, era más el frío que sentía que la voluntad necesaria para poder precisar el animal entre el paisaje. No sé de qué manos surgió una media de aguardiente que entre todos se pasaban para que a pico de botella se tomaran un trago. Sin embargo a todos los derrotó la temperatura y empezaron a regresar a sus carros. Y creo que el primero en correr al suyo fue el chofer nuestro; pero, por lo visto, no iba a refugiarse sino a traer un revólver.

Por mi parte, yo hice un último intento por mirar hacia el sitio a donde creía que habían señalado los hombres, mientras trataba de aplazar el llamado de mi padre que empezaba a iniciar su regreso al carro. Solo al volver la cabeza, cuando tornaba decepcionado por no haber podido ver nada, casi en la misma línea hacia donde había mirado tropecé con los ojos —lánguidos, gigantescos y tristes— del oso que estaba enrollado entre una de las ramas del árbol más cercano a la carretera. Quizá doce metros de distancia me separaban de él, negro y espumoso, de tamaño regular, que parecía acorralado por la civilización. El árbol que lo sostenía dejaba perder su tronco, esbelto y firme, entre la falda de precipicio sembrada de húmedos matorrales. A doce metros, con el precipicio de por medio, haciendo nido con su cuerpo, el animal se perdía entre las hojas y solo era identificable por los dos grandes ojos húmedos y por la carnosidad sonrosada de su trompa. Asombrado, me parecía que el animal me miraba como implorándome que lo rescatara. Y se me hizo familiar, amable; aunque solitario... Me acerqué lo más que pude a detallarlo, parándome donde empezaba la falda. En ello estaba cuando sonó un disparo, casi a mi espalda. El tiro retumbó siniestramente en el ámbito de la cañada. Un gesto de furia impotente, como tratando de impedir lo que ya se había hecho, me invadió al pasar el sobresalto. El oso, en los primeros segundos, pareció no sentirse afectado, me miró tristemente como tendiéndome la

mano y se dejó caer como una bola de pelo negro al precipicio manchado por la escarcha del páramo que pareció envolverlo y esfumarlo entre lo blanco. El hombre se quedó apuntando al aire, no tuvo necesidad de martillar de nuevo; pese a que por un momento pensó que había errado el tiro. Quizá por eso no vio claramente cómo cayó o si era que había huido descendiendo rápidamente por el tronco: Ni podía ubicar el sitio donde pudiera verse el cuerpo, como lo intentó inútilmente para estar seguro del éxito de su disparo. Quiso preguntarme cómo había sido, pero yo me alejé hacia mi padre mirándolo de pasada rencorosamente.

Seguido por algunos de los que habían estado mirando, mi padre venía de regreso a ver cómo el chofer mataba el oso. Y yo le dije con rabia, solo para que él oyera, haciéndolo regresar al carro, sorprendido de mi actitud: “¡debiste haberle dicho que no lo matara!”.

Mientras tanto el hombre se quedó oteando el paisaje, junto con los otros, a ver si podía confirmar su hazaña o si se le presentaba una nueva oportunidad para disparar.

Se sorprendió al oír que pitábamos. Alcanzó a verme, a la segunda mirada, cuando yo insistía y apretaba la bocina. Regresó incómodo de no poder confirmar el destino final del oso. Mientras guardaba la pistola en la guantera, me volvió a preguntar por él. Yo nada le contesté. Mi padre tampoco se animó a contarle mi secreto, lo que yo le había revelado con detalles mientras regresábamos al automóvil. El hombre reinició el viaje incómodo con la situación. Algo murmuró, con desagrado, sobre los muchachos que se hacen los sordos con los mayores. Al pasar el carro frente al árbol volvió a mirarlo inútilmente. En forma similar lo hizo mi padre mientras murmuraba, como haciéndome cuarto, para que el hombre oyera: “según entiendo en este sector siempre hay niebla, ¿no sé por qué hoy estaba tan despejado?”. El hombre no replicó nada, pero sentíamos que iba con rabia. Al rato dijo, dirigiéndose a mí, como si le hablara a un hombre hecho y derecho: “¡Después de que disparé, usted me tapó la vista al mover el cuerpo!”. No le contesté nada. Solo se escuchaba el ronroneo del carro al descender... UC

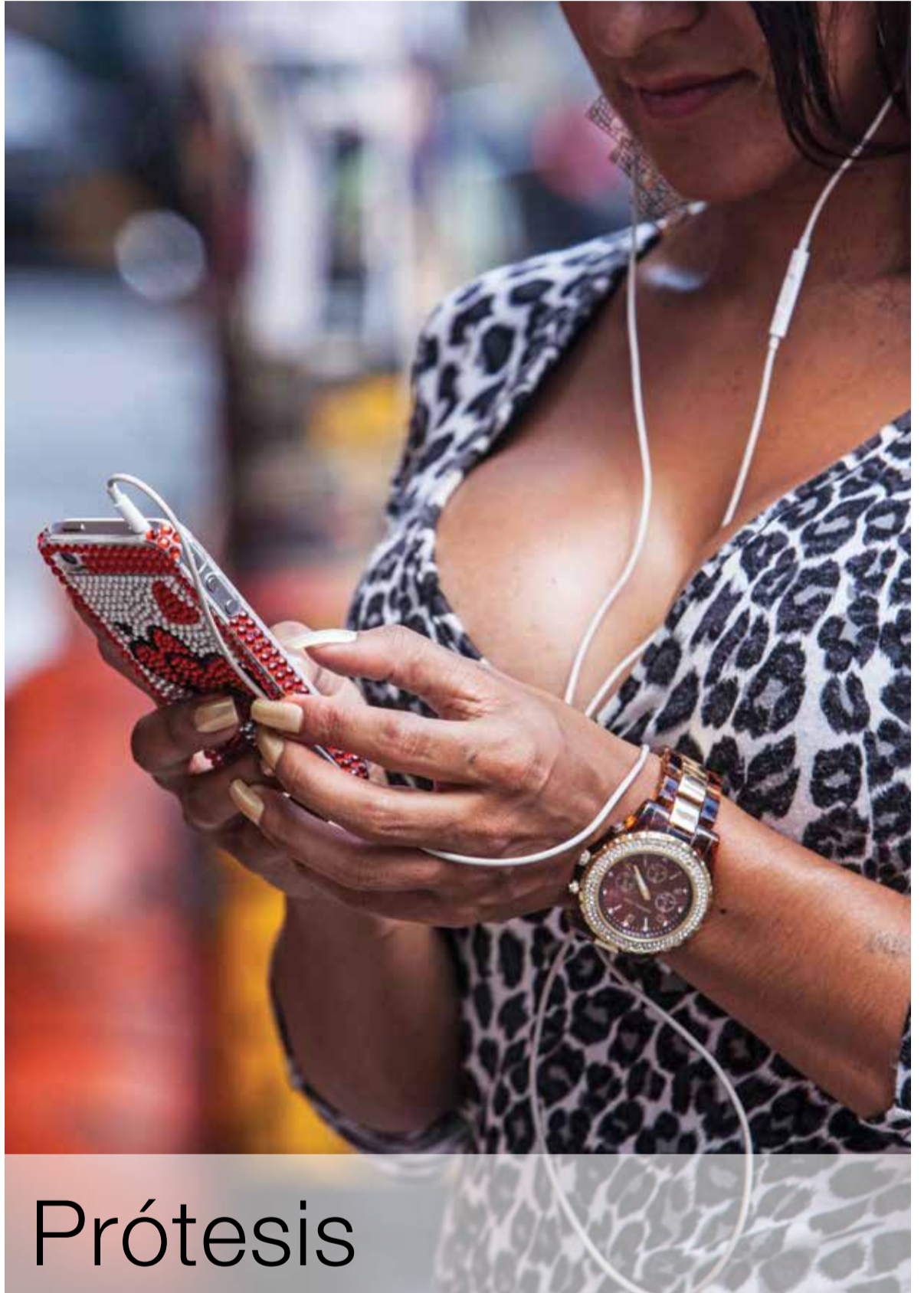
**H**ace mucho fueron los modelos los que fueron moda. Luego las modas con sus *top models* las que fueron moda. Hoy, en los tiempos mundializados y comunicados de la era digital, tendríamos que concluir que son los modos —sí, como en *modus operandi*: maneras de proceder o modos de operar— los que marcan nuestras nuevas tendencias. Ya no se limitan al campo estético de la indumentaria y sus estilos, ahora se reflejan en nuestra cotidianidad con ritos, gestos, actitudes y glamures que evidencian una transformación cultural.

Cuando hablamos de prótesis pensamos de inmediato en alta tecnología, pero el yoga fue la primera *tech* y hasta hoy solo requiere de nuestros cuerpos y perseverancia para lograr maravillosos resultados. Según Wiki, “tecnología es el conjunto de conocimientos técnicos, ordenados científicamente, que permiten diseñar y crear bienes o servicios que facilitan la adaptación al medio ambiente y satisfacer tanto las necesidades esenciales como los deseos de la humanidad”. Si ampliamos nuestra mirada a esta definición, además del yoga tendríamos varias tecnologías por revisar. Qué tan valioso fue el caldero, ni qué decir de las primeras herramientas, cómo alteraron nuestra homínida cotidianidad el arco o el arado. Entonces, ¿cuáles son nuestras nuevas tecnologías? ¿Cuáles nuestras herramientas contemporáneas? ¿Por qué hablamos de prótesis y glamures?

Puedo imaginar un poco lo que a su mente viene, querido lector, cuando ponemos como referencia de este **Armario** los prodigios de la silicona en un opulento escote remarcado en *animal print*. Pero no, nuestra columna versa sobre lo que la chica tiene entre sus manos, así en el futuro genere mucha gracia entre nuestros nietos recordar que a principios del tercer milenio se imponía el uso de silicona —gel de silicio— para transformar los cuerpos en *boomers* sexuales, como si viviésemos en la era de las cavernas y tuviéramos que luchar unos contra otros por reproducirnos; esta posiblemente sea la puerta de ingreso a las alucinantes tecnologías de comunicación que nos harán, en menos de dos décadas, *cyborgs* interconectados por sinapsis en una mente global, entre poderosos procesadores neuro-tecno-biológicos que ya se desarrollan a partir de tejidos de silicio; redes y tejidos solo comparables con las complejas moléculas de carbono que mantienen la vida en la tierra.

Recuerdo cuando en el año 91, estando por primera vez fuera de mi hermosa Bella Villa, me encontré solo en el inmenso aeropuerto de París buscando información. Con mis pocas lecciones de francés comprendía que la flecha señalaba a un robusto tótem-falo con una pantalla sin ninguna instrucción. Como en la premonitoria y genial *2001* de Kubrick, el objeto impecablemente sellado en acero pulido y lustroso, exhibía una pantalla negra y nada más. Mucho me habían advertido mis amigos viajeros de las mil formas de vaciar un sanitario en el viejo continente. Cadenas, pedales, botones, palancas, sensores infrarrojos, y hasta el rupestre “tiro al blanco para encholar” de las letrinas de las estaciones de tren en Italia, pero nada se podía comparar con aquella sensación de brutal ignorancia por no saber interactuar con el falo informático de primera generación. Gracias doy a un niño juguetero que con su manito apoyada sobre la pantalla activó el aparato y me dejó entrar en la era *touch screen*... De ahí en más nada volvió a ser igual: había llegado la era digital. Los cajeros electrónicos fueron casi los primeros aparatos con esa nueva interfaz y su modo casi increíble y amigable de accionar. Fue con los Iphone que hace apenas unos cinco años se popularizó el glamur de pasar las manos sobre las pantallas como haciendo pases de magia y resulta hoy común en las *citys* —léase centros administrativos y financieros de las megápolis planetarias— ver deambular como zombis tecnológicos a los interconectados y alienados humanos con sus dispositivos móviles de interactividad.

Vivimos el boom de las redes sociales *on-line*. Según Lee Rainie y Barry Wellman en su texto *Networked: el nuevo sistema operativo social*, en menos de una década hemos dado un salto cuántico al “individualismo en red”. Es entre nosotros donde esa dicha convive con la de aquellos que cantan a las estrellas en las playas y navegan ríos en chalupas de madera y juncos, lanzando su red al amanecer. Sé de muchos que compran el aparato más vistoso de temporada pero no conocen ni pagarían las prácticas y personalizadas aplicaciones. Lo usan por estatus, como sucedía cuarenta años atrás con el primer reproductor de video. Otros se divierten cambiando de fundas a sus celulares cuando está de moda tener un perfil en Facebook, así no haya algo que compartir y nada interesante para contar. UC



## Prótesis

por RAÚL TRUJILLO

*¡Nuevo restaurante*  
**SUBWAY**<sup>TM</sup>  
*en Suramericana!*

**Cll 49B #64B-52 Local 101  
Edificio San Pablo**

**Domicilios:  
436 44 02**



# Búhos y otros pájaros de bubardilla

por MARIA LUISA RESTREPO

Charles Saffray, médico y botánico francés que visitó el Valle de Aburrá en 1860, se quejaba con desdén de la vida provinciana de la capital antioqueña. Decía el viajero que en esta villa la única aristocracia era la del dinero, que los días y los años pasaban sin novedad alguna, y que sus infelices gentes desconocían la alegría de bailes, conciertos y teatros. Para un hombre de mundo como él debía resultar verdaderamente tedioso el lugar que se abría a sus ojos, un pueblo sin parques ni avenidas, donde bueyes y mulas transitaban por calles empedradas. Los parroquianos, en cambio, encontraban la dicha en los paseos a los charcos cristalinos del río Medellín o la quebrada Santa Elena, en las cantinas donde abundaban las cartas y el aguardiente y, sobre todo, en el arte de conversar.

Tertulias de toda índole amenizaban los días de la tranquila villa. La de la Botica de los Isaza congregaba a la crema y nata de la godarria paisa. Allí se reunían todos los días, después de las obligaciones cotidianas, los dirigentes del partido conservador a comentar, entre agua de rosas, emplastos y jabones, las últimas noticias del partido y las glorias de Mariano Ospina Rodríguez. La contraparte liberal hacía lo propio en la Botica Peña y en el Almacén Ricardo Castro, situado junto al atrio de la catedral. En el local de don Ricardo se agenciaban las publicaciones liberales de la capital y del resto del país, lo que lo convirtió en lugar obligado para los rojos de la ciudad, que llegaban a comprar su diario y a enterarse de las chivas políticas. Otra tertulia, muy famosa por aquellos años, era la de Manuel María Bonis. Tenía la particularidad de ser diurna y mixta, es decir, aceptaba en sus huestes a conservadores y liberales. A la oficina del doctor Bonis llegaban, entre las diez y once de la mañana, numerosos abogados y comerciantes; eran tantos los asistentes que se debían sentar en las mesas o quedarse de pie para discutir, al calor de un café, los avatares de la política regional y nacional.

Pero no solo la política daba contento a los conversadores medellinenses, también los espíritus inquietos con el arte y la literatura conformaron sus cenáculos. Uno de ellos fue El Casino Literario, fundado en 1887 por Carlos E. Restrepo, quien por ese entonces era estudiante de derecho y traductor de poetas ingleses y norteamericanos. El grupo lo conformaban los jóvenes talentos de la poesía y la narrativa

antioqueña, y uno de sus mayores intereses era alentar la producción literaria individual. Allí los asistentes compartían sus traducciones y novedades librerías, sus cuentos, poemas y ensayos, y debatían apasionadamente sobre teoría y crítica literaria. Cuenta Tomás Carrasquilla, quien era miembro honorario por no vivir en Medellín, que alguna noche se generó en la tertulia una acalorada discusión en torno a si había o no en Antioquia algún tema digno de ser novelado; todos los asistentes aseveraron enérgicamente que tal cosa era imposible, con excepción de Carlos E. y Carrasquilla, quienes defendieron tan furibundamente su posición que terminaron convenciendo al resto. Todos estuvieron de acuerdo en la necesidad de demostrar con hechos concretos tan arriesgada tesis, y designaron entonces a la pluma de don Tomás como la indicada para escribir tal novela. Carrasquilla, muy obediente, se dio a la tarea de probar que pueden hacerse novelas sobre el tema más vulgar y cotidiano, y escribió uno de los capítulos de *Jamones y solomos*, publicado posteriormente bajo el título *Frutos de mi tierra*.

Tres años después El Casino Literario llegó a su fin, pero algunos de sus miembros, nuevamente con Carlos E.

Restrepo a la cabeza, crearon La Tertulia Literaria. A las reuniones de La Tertulia asistían, además de escritores y poetas, intelectuales de la talla de Manuel Uribe Ángel, músicos como Gonzalo Vidal y el vasco Jesús Arriola, y algunos pintores, entre ellos Francisco Antonio Cano, quien en vez de escribir llevaba sus cuadros para recibir críticas y comentarios de los asistentes. Una velada insigne, muy recordada por quienes estuvieron presentes, fue el homenaje a Uribe Ángel cuando cumplió 73 años. El evento comenzó con el maestro Arriola tocando el piano, D'Alemán el violín y Manuel Molina la flauta. Francisco A. Cano, por su parte, presentó a todos el retrato que pintó en honor al homenajeado y que le dio como regalo de cumpleaños. El poeta Vives Guerra leyó los versos compuestos especialmente para la ocasión. Juan de Dios Vásquez leyó un cuento de navidad y Camilo Botero Guerra su ensayo *Una velada a San Miguel y dos al diablo*. Terminado el agasajo literario pasaron a beber los líquidos espirituosos, y poco a poco la cerveza inglesa dejó sentir sus efectos en la cabeza del venerable geógrafo, quien preso de gran emoción por las muestras de cariño de sus amigos, decidió recitar algunas coplas que

confesó haber compuesto en sus días de aciaga ceguera; finalizó su declamación aseverando entre lágrimas que su corazón no estaba viejo. En vista de la avanzada edad del homenajeado la tertulia debió terminar temprano, salieron entonces a eso de la media noche.

Otra tertulia de la época fue la Sociedad de La Bohemia Alegre; como tenían una publicación literaria con el mismo nombre, muchas veces se reunían en casa de alguno a leer y escoger las colaboraciones enviadas por los compañeros para ser publicadas en el siguiente número. Pero la sede oficial de la tertulia era el Café La Bastilla, en el cruce de la Avenida y la carrera Junín; el lugar era famoso por su delicioso café, y su dueño, Hipólito Londoño, lo publicitaba como "bueno hasta la última gota". Allí se reunían Abel Farina, el poeta maldito de la Villa; Saturnino Restrepo, traductor del francés y el inglés, cuentista y agudo crítico de arte; Julio Vives Guerra, poeta, narrador y cronista; llegaban también periodistas procedentes de las salas de redacción, abogados, bachilleres y todos cuantos buscaran en la literatura un refugio para escapar a la monotonía. Los sábados eran los días preferidos para el encuentro, pues en el café abundaban las empanadas; si el bolsillo lo permitía las acompañaban con cerveza o aguardiente, pero la mayoría de la veces debían contentarse con el buen tinto.

Ya instalados en sus mesas los bohemios se tomaban el lugar de ruana. La primera discusión de importancia era sobre el número de empanas por comensal; el señor Londoño, quien atendía personalmente a sus clientes, debía esperar con paciencia a que entre versos y coplas se pusieran de acuerdo. Hecho el pedido sacaban sus lápices y se ponían a escribir versos a pesar de las protestas de Efe Gómez. Luego cada uno debía leer en voz alta su composición para someterla a la crítica de los compañeros y... ¡ay del que no estuviera inspirado! Además de ser abucheadado, chiflado y burlado, era privado de su ración de empanadas. Entrada la noche, cuando se cerraba La Bastilla, emigraban a un restaurante de Guayaquil especializado en chorizos fritos, apodado por ellos El Blumen; allí, en compañía de un buen anisado, conti-

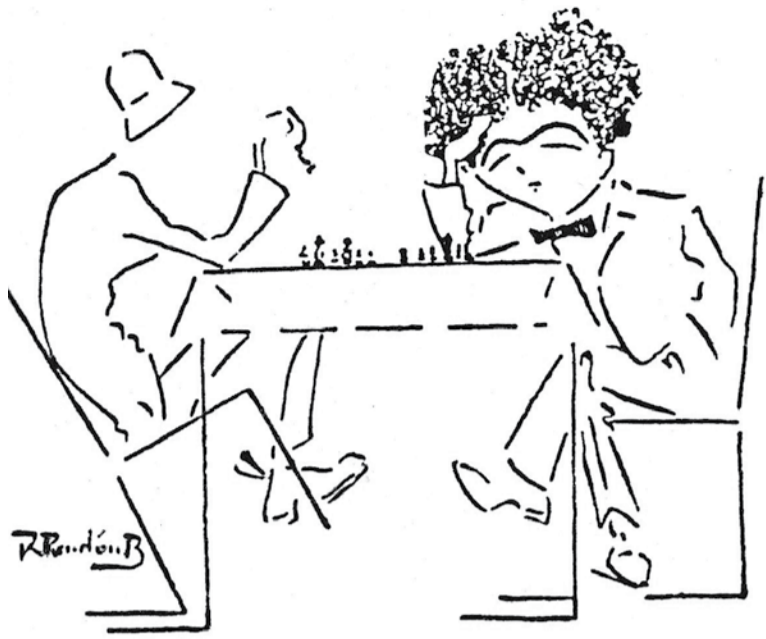


Calle Colombia, Medellín. Fotografía de Paulo Emilio Restrepo. 1894.



La tertulia del "Negro"

Personajes: Jesús Restrepo Rivera, León de Greiff, Ciro Mendía, El Negro Cano, Efe Gómez, Alfonso Castro. Ilustración de Longas.



**Isaza y Jaramillo en El Globo.**  
Ilustración de Ricardo Rendón. 1914.

nuaban sus emotivas e interminables charlas hasta el amanecer, y cerrado El Blumen volvían a La Bastilla por un tinto para bajar el guayabo.

Entrado el siglo XX, y pasados los horrores de la Guerra de los Mil Días, surgió de manera más bien espontánea la Tertulia del Negro Cano, llamada por Francisco López Villa “la antesala de Medellín”. El lugar de encuentro, sin previo aviso, ni horarios, ni protocolos, era en la planta baja del Edificio Duque, ubicado en el cruce de la calle Colombia con la carrera Carabobo, donde estaba la librería de Antonio J. Cano, editor, poeta, músico y gran anfitrión, llamado por todos ‘El Negro Cano’. La librería era visitada por intelectuales, escritores y artistas en busca de las novedades editoriales nacionales y europeas que llegaban a la Villa a lomo de mula o en la maleta de alguien que volvía de pasar una temporada en la capital o en el viejo continente. Después de buscar entre los anaqueles y ojear uno que otro libro se iban acomodando en un rincón de la librería, donde los esperaban siempre las sillas dispuestas para la ocasión y el tinto que el Negro Cano nunca dejaba escasear. Poco a poco, mientras la concurrencia aumentaba, la conversación iba visitando los más diversos temas: el chisme político del momento, el acontecimiento social de la semana, el concepto científico en boga, la anécdota del viaje reciente, el último libro leído, los aciertos y desaciertos de la crítica literaria, el cuento, poema o ensayo publicado por algún contertulio. En aquel rincón de la librería Carrasquilla se fue lanzando en ristre contra el modernismo literario del poeta Max Grillo, mientras el escultor Marco Tobón Mejía exaltó las glorias de dicho movimiento. En una de aquellas sesiones Francisco Antonio Cano propuso la creación de un Instituto de Bellas Artes para la ciudad, sueño que se concretaría años después. En la Tertulia del Negro Cano se gestaron además algunos proyectos editoriales que dieron gran aliento a la vida cultural de la ciudad; quizá el más importante fue la revista Alpha, publicación mensual que dio a conocer al público medellinense lo mejor de la literatura nacional e internacional.

Menos cívicos y más contestatarios fueron los ideales que animaron las famosas y alborotadas tertulias de los Panidas. Eran los trece Panidas un grupo de inconformistas muchachos, casi todos expulsados de colegios y universidades, apasionados lectores, admiradores de Nietzsche y Schopenhauer, adoradores de Baudelaire y Rubén Darío, bohemios aventajados y conversadores furibundos. Aunque frecuentaban cuanto café, cantina, billar y burdel había en la Villa, establecieron su cuartel general frente

a la puerta del perdón de la iglesia de La Candelaria, en El Globo, un cafetín cuya característica particular era una biblioteca de alquiler que Don Pachito Latorre, dueño del lugar, promocionaba como la mejor de Medellín, con mil ejemplares casi todos nuevos y todos limpios y en buen estado. El lugar tenía, además de las consabidas mesas para el buen beber, algunas de ajedrez en las cuales se batían a duelo León de Greiff y Fernando González. En las paredes curtidas por el abundante humo de pipas y cigarrillos se exhibían caricaturas de Ricardo Rendón, Pepe Mexía y Tisaza, los artistas del grupo. Entre carcajadas y estridentes discusiones sobre filosofía y literatura que más de una vez terminaron a trompadas pasaban sus horas en el cafetín aquel, decididos a cambiar el rumbo del arte de su terruño, muy académico para su gusto; su sueño era crear un arte nuevo, universal, y cimentar sus vidas en la experiencia estética.

Tuvieron entonces la idea de publicar su propia revista literaria. En una buhardilla del Edificio Central, que según dicen les pagaba Carrasquilla, improvisaron su sala de redacción. Y fue don Jorge Luis Arango, dueño de una litografía, quien asumió la empresa de editarle a los Panidas, quijotesa no solo por los escasos recursos de los noveles escritores, sino también porque querían innovar tanto en el contenido como en la forma de su publicación. Llegaban a los talleres de don Jorge y cada uno de los trece escogía un tipo de letra de imprenta diferente para su artículo, con lo que exasperaban hasta sus límites a los empleados del taller y hacían del armado final un caos. El 15 de febrero de 1915 salió por fin el primer número de la esperada revista Panida, que logró conmover a la parroquia entera. Los lectores desconcertados no entendían los extraños versos de un tal Leo Le Gris; la curia, por su parte, vetó y censuró la revista por considerarla perniciososa para los espíritus jóvenes de la ciudad.

Pero eso a los trece no les molestó, y ebrios de alegría y de aguardiente celebraron el triunfo en su cuartel general. En aquel estado de euforia León de Greiff escribió su poema La balada de los búhos estáticos. Fue tal la sensación causada por el poema que algunos bohemios de la vieja guardia, antes llamados Los Maffia, fundaron un café llamado Los búhos estáticos, justo enfrente de El Globo, el cual se convirtió en la subse de los Panidas. Tras publicar el tercer número de la “perniciosa” revista el grupo se fue disgregando; unos marcharon en busca de aires más cosmopolitas y otros retornaron a sus estudios abandonados, dejando en la villa los aires de su nuevo arte y el recuerdo de sus irreverentes tertulias. UC

Trae tu equipo  
**LIBRE O EN PREPAGO Y**

actívalo en un plan postpago seamos

**Claro** con:

**130 MINUTOS**

**Incluidos A CUALQUIER DESTINO**

**+300** minutos gratis incluidos a **+20** mensajes de texto a móviles Claro

**2** números elegidos **TODO DESTINO**

**Por sólo \$29.900** impuestos incluidos **Y recibirás 2** **cargos fijos mensuales gratis**

Nuevos planes postpago  
**Seamos Claro**  
Habla más minutos a cualquier operador móvil o fijo con una **única supertarifa.**

**celutec**  
Celulares y Tecnología S.A.S.  
Distribuidor Autorizado de Claro



Lo que quieres es Claro

claro.com.co

El precio \$29.900 aplica para el Plan Seamos Claro 130 Abierto. Los 2 números elegidos todo destino aplican para hablar gratis los 5 primeros minutos de cada llamada; a partir del 6to minuto, se descontarán los minutos de los incluidos en el plan; en caso de no tener minutos disponibles se cobrará el valor del minutos adicional de acuerdo al plan. Valor minuto adicional en el plan Seamos Claro 130 Abierto \$230 impuestos incluido. Los números elegidos pueden ser móviles Claro, fijos nacionales u otros operadores móviles. El Obsequio de Cargo Fijo Mensual se aplicará en el mes 2 y en el mes 6; aplica para activaciones con equipo traído firmando cláusula de permanencia de 12 meses. El prestador de soluciones de telefonía móvil es Comcel S.A. Vigencia del 26 de Marzo al 23 de Abril de 2013.

**Puntos de Atención y servicio al cliente**  
Carrera 43A N° 23 - 86 Avenida El poblado - Medellín - Teléfono: 262 88 66. Envigado - Teléfono: 302 30 88. Santiago - Teléfono: 605 26 19. Alpujarra - Teléfono: 293 52 22



**UNIVERSIDAD EAFIT**  
Abierta al mundo

# ROBERTO BOLAÑO

## VIGÍA DE OTRO BOOM LITERARIO

1953 ★ 2003

### EXPOSICIÓN EN EL CAMPUS

Homenaje al escritor chileno en el 50 aniversario de su nacimiento y el 10º de su muerte.  
**ABRIL Y MAYO** / LUGAR: Campus EAFIT sede Medellín.

### CICLO DE CONFERENCIAS

**ABRIL 2 CHILE VIVE**  
Por los estudiantes Andrés Cienfuegos y Juan Sebastián Rodríguez.  
**ABRIL 9 EL FENÓMENO BOLAÑO Y LA LITERATURA LATINOAMERICANA**  
por Pablo Montoya  
**ABRIL 16 ROBERTO BOLAÑO: EL BUENO, EL MALO Y EL FEO**  
Por Pablo Montoya.  
**ABRIL 23 EL LABERINTO SIN MONSTRUO: LECTURA MÚLTIPLE DE BOLAÑO**  
Por Robinson Grajales  
LUGAR: Sala de audición musical de la Biblioteca Luis Echavarría Villegas.  
HORA: 6:30 p.m. / Entrada libre



### MÚSICA

**CHINOY EN CONCIERTO DESDE CHILE PRESENTA SU ÁLBUM DEBUT "QUE SALGAN LOS DRAGONES"**  
por primera vez en Medellín en un homenaje al escritor chileno Roberto Bolaño. Chino es el renovador de la canción iberoamericana. Su voz y creación con un sello propio, recuerdan un cruce de caminos entre Bob Dylan, Sid Vicious y Violeta Parra.  
**POR COLOMBIA DAVID MACHADO**  
uno de las jóvenes promesas de la canción de autor en Medellín.

**MARTES 30 DE ABRIL**  
LUGAR: Auditorio Fundadores  
HORA: 7:30 p.m. / Entrada Libre Con boleta

# Ciencia y caos caen del cielo

por GUILLERMO CARDONA MARÍN

La sombra de un bólido en la plaza de una ciudad rusa, la altura de los postes y otros testimonios fílmicos compartidos por aficionados a través de Twitter y Youtube fueron los datos y los instrumentos utilizados por los científicos de la Universidad de Antioquia Jorge Zuluaga e Ignacio Ferrín, con la colaboración del bloguero belga Stefan Geens, para reconstruir la órbita del asteroide que explotó el pasado 15 de febrero a 23 kilómetros de altura sobre el lago Cherbarkul, unos ochenta kilómetros al oeste de la ciudad de Chelyabinsk (donde está ubicada la plaza), capital de la región homónima en Los Urales rusos.

Pese a la dimensión de la explosión, de unos 500 kilotonos equivalentes a cincuenta bombas como la de Hiroshima, por fortuna apenas unas mil personas resultaron con laceraciones menores en el rostro y el cuerpo. Dichos heridos se presentaron, dice el profesor Zuluaga, entre los curiosos que observaban la caída del bólido y al verlo explotar no dimensionaron la fuerza de la onda expansiva, que rompió vidrieras y ventanales en cientos de kilómetros a la redonda.

## La noticia en Colombia

Pese a que distintos medios nacionales se pegaron de la noticia que publicó la BBC (antes, cuando salió en El Colombiano, no le habían parado bolas), ninguno apuntó donde era.

La cuestión va más allá de decir que los científicos colombianos fueron “los primeros”, aunque sea cierto. En efecto, por primera vez en la historia de la humanidad la reconstrucción de la órbita de un meteorito que resultó ser un asteroide, la deducción de su tamaño (17 metros de diámetro), de su peso (siete mil toneladas), de su composición (silicatos y granito), de su velocidad (65 mil kilómetros por hora), de su ángulo de ingreso a la atmósfera terrestre (casi rasante), y hasta la determinación de que era un asteroide tipo Apolo, se lograron

valiéndose de las herramientas que ofrece internet, las cuales permitieron contrastar los datos de georreferenciación que se obtienen a través de Google Earth con los videos y las imágenes del fenómeno celeste que muchas personas compartieron y multiplicaron. De hecho, ese mismo 15 de febrero la Nasa y los duros de los grandes telescopios estaban muy ocupados con el paso del asteroide 2012 DA14 que atravesó nuestra órbita a unos 27 mil kilómetros de distancia.

Al respecto, la conclusión del profesor Zuluaga es de una claridad científica meridiana:

—Por cada asteroide del que sabemos su trayectoria, hay al menos otro del que no.

El otro hecho que lo deja a uno como con rabiecita es que, según el científico, todos los cálculos necesarios para reconstruir la historia de la órbita del asteroide, desde cuatro años atrás hasta el momento del impacto, se hicieron basados en fórmulas de “trigonometría elemental, de secundaria, casi que de Coquito”.

Los científicos han obtenido datos muy interesantes e ilustrativos sobre el peligro y la relevancia del estudio del fenómeno, que en principio podríamos bautizar El ataque de los Apolo.

## El ataque de los Apolo

Los Apolo son asteroides que se salen del cinturón por donde habitualmente transitan, entre Marte y Júpiter, y que por la fuerza gravitacional de los planetas más interiores del Sistema Solar adquieren recorridos completamente excéntricos y en elipses igual o menos estrechas que las órbitas casi circulares de los mismos planetas, de manera que se mantienen en línea de colisión con Mercurio, Venus y la Tierra.

Hay unos 240 asteroides Apolo catalogados, pero se estima que puede haber unos dos mil.

—Si el asteroide de Chelyabinsk hubiera chocado con la Tierra dos horas antes —dice el profesor—, habría hecho



*Y las estrellas del cielo  
cayeron sobre la tierra,  
como la higuera deja  
caer sus higos  
cuando es sacudida  
por un fuerte viento.*

Apocalipsis 6:13

explosión sobre Europa Central, una de las zonas más pobladas del planeta.

Con toda la capacidad de observación e investigación de las grandes potencias, el de Chelyabinsk ha sido el primer y único asteroide en la historia de la ciencia del que se tienen múltiples registros en fotografía y video, con sonido incluido, y ninguno de origen científico.

—Los únicos dos grandes asteroides de este tipo de los que tenemos registro científico (esa fue otra de las conclusiones de nuestra investigación: el de Tunguska también fue un Apolo) cayeron a una distancia irrisoria en términos astronómicos —señala el profesor Zuluaga.

Se refiere al bólido que en 1908 arrasó la región de Tunguska, donde se estima destruyó ochenta millones de árboles, apenas unos pocos miles de kilómetros al este del impacto de Chelyabinsk, también en Rusia. El profesor Zuluaga sospecha que debe haber lugares de impacto similares en la remota y despoblada Antártida.

Según el profesor Zuluaga, el punto más delicado a considerar, sobre todo por parte de los gobiernos, es que los Apolo atraviesan la órbita terrestre no por el Ecuador sino por los polos, en dirección sur norte o norte sur, mientras que el Sol y la Luna transitan por nuestro cielo de oriente a occidente. El asunto se complica en los trópicos más australes y septentrionales del globo, donde el sol se levanta y se pone siempre al sur o al norte.

En otras palabras, los Apolo resultan invisibles aun con el uso de poderosos telescopios, a cualquier hora del día.

—En Europa, Norteamérica y Rusia habría entonces que utilizar otros sistemas de observación, como el radar o los telescopios infrarrojos.

No es una conclusión apocalíptica pero sí absolutamente pertinente. Si mediante este tipo de observaciones se lograra detectar posibles impactos, sería

factible ofrecer unas mínimas medidas de protección a los pobladores, como refugio hasta después de la explosión.

Para el profesor Zuluaga lo importante es descifrar la trayectoria con suficiente anticipación como para tener posibilidad de programar una respuesta.

No es un asunto de poca monta: los dinosaurios desaparecieron a causa de un meteorito.

Las pesquisas para que semejante cataclismo no nos coja desprevenidos, dice el profesor Zuluaga, serían las mismas que se utilizan desde hace algunos años y que se han dado en llamar ciencia ciudadana: internautas desparchados que ofrecen su tiempo para mirar fotografías, videos y registros altamente sofisticados que los científicos no tienen tiempo de ver y analizar porque son muchos o, como en el caso de los científicos colombianos, evidencias no muy precisas; al pasar por el tamiz de la ciencia dichas evidencias develan acontecimientos cósmicos que nadie había podido observar antes en vivo y en directo, como la caída de un asteroide Apolo, suceso que en promedio ocurre cada dos décadas.

—Es un promedio. Mañana podría caer el próximo.

Con todo y lo intimidante que resultan sus afirmaciones, Jorge Zuluaga no puede disimular el enorme entusiasmo que lo llevó a trabajar veintidós horas diarias durante dos semanas, hasta quedar tranquilo con sus cálculos sobre el fenómeno de Chelyabinsk.

## Epílogo

Cuentan que alguna vez Albert Einstein confesó que la teoría de la relatividad se le había ocurrido jugando a ser Dios, simplemente imaginándose cómo se podría ver el Cosmos si el observador estuviera muy, muy arriba, de tal forma que este vasto y misterioso Universo ocupara el espacio de una mesa de billar. Así logró destrabar el enredo de las fórmulas que no cuadraban en la posición de Venus, visto desde la Tierra, cuando estaba cerca al Sol. Había una variación que no alcanzaba a un grado, pero así y todo parecía inexplicable. Einstein pudo concebir la relatividad solo cuando cambió de punto de vista, y solo así entendió que lo que ocurría era que la luz de Venus era desviada por la fuerza gravitacional del Sol.

Lo que descubrieron Jorge Zuluaga y su equipo es que gracias a la tecnología de las telecomunicaciones un científico también puede, como Einstein, jugar a ser Dios y estar en muchas partes, al menos el tiempo suficiente para poder enviar desde un Ipad un video o una fotografía.

Para mí los científicos de la U. de A. no fueron “los primeros” sino los pioneros, pues este Apolo de Chelyabinsk, además de destruir, abrió ventanales insospechados en la exploración y la investigación científicas. UC



El astrónomo Jorge Zuluaga.

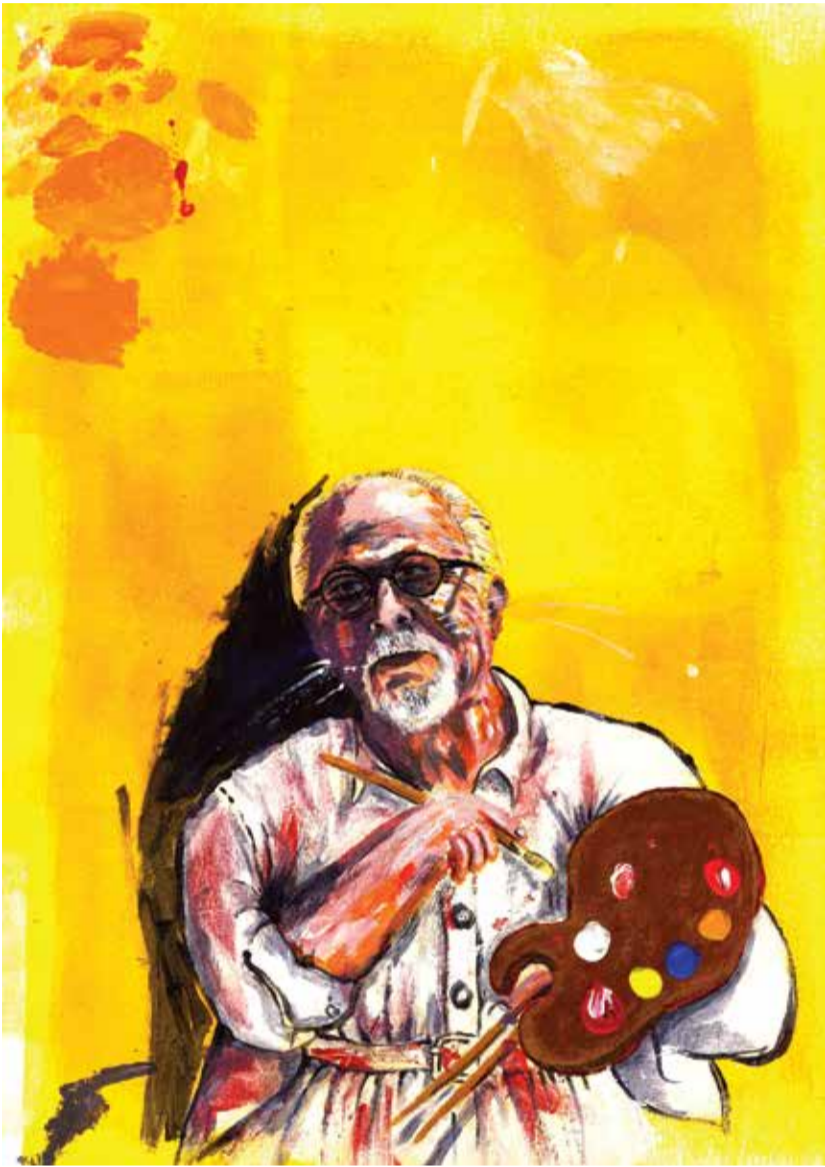




# R.I.P. Fernando Botero

por MENINA

Ilustración: Cachorro



**M**uertos de angustia y desesperación, vamos en marcha sepulcral tras los despojos del más grande de nuestros artistas. Lloramos lágrimas gordas, y es gordo como el más gordo de los gordos el mausoleo donde lo vamos a sepultar.

A prudente distancia consolamos a la viuda, pues no queremos herir su dignidad con nuestra presencia, ni siquiera para decirle que recuperamos el bigote del gato aquel.

Fernando Botero deja un vacío insalvable, un enorme hueco que no podrá llenar ni siquiera uno de sus tejados. Era tan grande como su obra y no cupo en ningún panteón, ni siquiera en uno que nos disputamos con las cucarachas en el cementerio de San Pedro. De ahí que tuviéramos que demoler el edificio Coltejer, aguja clavada en las costillas de los colombianos. Todos llevamos un bigote en cada mano para resarcir la ofensa inferida al maestro.

Han venido al entierro tantas personalidades nacionales e internacionales, que es difícil dar cuenta de todas. (Vinieron reyes, pero de incógnito). Vinieron los músicos, que al parecer olvidaron que esto no era un fandango sino una misa fúnebre. Vinieron los pintores, porque creían que al fin iban a tener una oportunidad. Vinieron los loros, emisarios de Fernando Vallejo, acompañados por unos cuantos perros. Vino hasta el gato, pero no el mío por no haber recibido tarjeta de invitación. Vinieron los ricos, vinieron los pobres, vinieron hasta los flacos, que son pocos, sí señor.

Ni qué decir de otras inenarrables extravagancias: el réquiem lo presidió el general Naranjo, la DEA hizo discreta presencia, las flores las puso Amapolas de Colombia S.A. (marca registrada). Los gatos, los perros y los loros hicieron un discreto mutis. Los músicos siguen creyéndose invitados a un fandango y todavía están tocando con los pies por toda la ciudad. UC

*mucha  
es un beso  
y también es un museo*



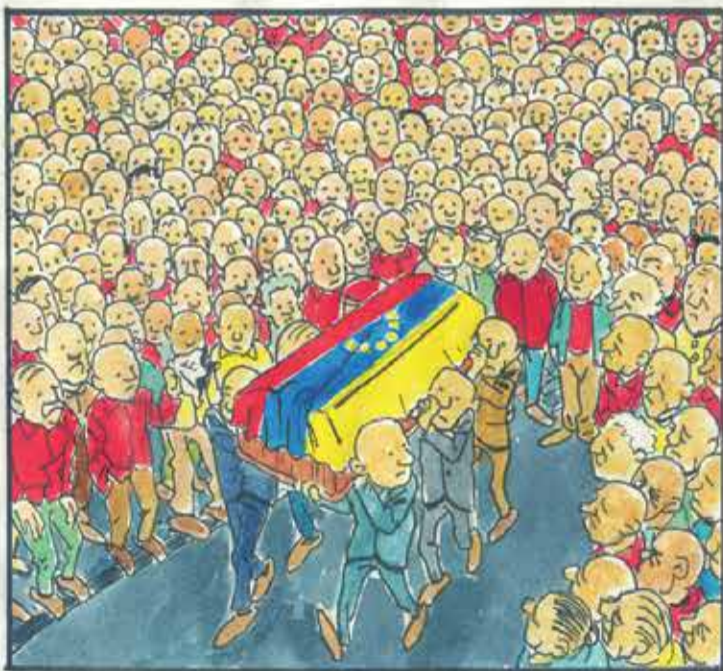
[museo.udea.edu.co](http://museo.udea.edu.co)



MuseoUdeA

**mua**  
Museo Universidad de Antioquia

  
**UNIVERSIDAD  
DE ANTIOQUIA**  
1803  
VICERRECTORÍA  
DE EXTENSIÓN



**A finales del siglo XVIII,  
las modelos entran en las  
academias de arte.  
Algunos artistas decían  
que eran tan o más  
importantes que el pintor,  
quien cual maniquí, pasa  
a un segundo plano  
gracias al protagonismo  
de sus musas.**



  
RON  
**MEDELLIN**  
AÑEJO

EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD LEY 30 DE 1986  
PROHIBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD LEY 124 DE 1994